

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

EL VUELO DEL AGUILA

EL VUELO DEL ÁGUILA

LOU CARRIGAN



Colección
¡KIAI! n.° 59
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

Impreso en España — Printed in Spain

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»
Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés
(N-152, Km 21,650)
Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

JOHN Masters abrió por fin la puerta de su apartamento en una céntrica calle londinense, y la muchacha que había llamado quedó visible. Era una morena preciosa, de grandes ojos verdes y cuerpo espléndido, juvenil y elástico. Era un regalo para la vista, un recreo para el espíritu… pero Masters se la quedó mirando con el ceño fruncido, casi hoscamente.

—¿Señorita Marsh? —«preguntó.

—Sí. Observo que no está usted preparado, señor Masters.

John se apartó, cediendo el paso a la bella. Cerró cuando ella hubo entrado, la tomó amablemente de un brazo, y la llevó hacia la sala de estar de su lujoso apartamento. Desde el umbral, señaló el reloj de pie que adornaba una de las paredes de la salita.

—Según mi reloj —dijo, siempre amablemente—, que funciona de acuerdo a las mayores exigencias técnicas, faltan todavía siete minutos para la hora de la cita. De modo que usted va a perdonarme que yo la haya recibido en albornoz, y yo, en cambio, voy a aceptar sus disculpas por haberse adelantado. ¿Le parece bien?

La señorita Marsh dejó de mirar el reloj para mirar a John Masters, al que apenas le llegaba al hombro. Pero no era la estatura de Masters lo que tenía impresionada a la señorita Marsh, sino aquella aura extraordinaria de poder físico que parecía envolver el cuerpo del hombre. Olía a jabón de baño, simplemente. Sus cabellos y el vello del torso todavía estaban húmedos. Se veía su cuello nervudo, fuerte como un gran cable de acero. Su barbilla parecía una roca en un rostro hermético, de una solidez apabullante. Impresionantes, también, eran sus pies, que parecían clavados al suelo, sus piernas velludas de insólita musculatura. Y sus manos, grandes, fuertes, de dedos largos, con todos los tendones bien marcados.

Pero quizá lo más impresionante de John Masters eran sus ojos, oscuros, de mirada fija y orgullosamente alerta, expectante, inquisitiva. Era como si los ojos de Masters expresasen siempre una gran curiosidad que podía satisfacer a millas y millas de distancia; como si su vista pudiese alcanzar más allá de lo creíble.

—De verdad lo siento —murmuró la muchacha—. Me pareció que unos minutos más o menos no tendrían importancia.

—Y no la tienen —admitió Masters—, siempre y cuando yo no quede como persona impuntual. Si usted hubiese llegado siete minutos más tarde, me habría encontrado vestido esperándola.

—Lo siento —repitió la muchacha.

—Y yo le pido disculpas por haberla recibido en albornoz. Me vestiré enseguida. Si lo desea, puede tomar algo, mientras tanto.

—No, gracias.

—A su gusto. Estoy listo en cinco minutos.

Masters se dirigió hacia los dormitorios, quitándose el albornoz mientras caminaba. Posiblemente, pensó que la señorita Marsh entraría en la sala, de modo que no podría verlo, pero como no fue así, sino que la señorita Marsh se quedó en el umbral de la sala, vio completamente desnudo a John Masters, y tuvo que hacer un esfuerzo para contener una exclamación de asombro: sobre una cintura y caderas estrechísimas, la espalda de John Masters se ensanchaba hacia los hombros de modo prodigioso, revelando una configuración muscular nunca antes vista por la impresionada muchacha.

Cuando Masters desapareció, ella entró en la salita, mirando a todos lados, todavía estupefacta. Una de las paredes estaba completamente ocupada por una librería atestada de libros y figuras orientales. En la de enfrente a esta pared, había dos grandes makimono, pinturas japonesas antiguas representando escenas guerreras de hombres a pie contra hombres a caballo. Era un tema, unos dibujos y unos calores tan exóticos, que la señorita Marsh se acercó a contemplarlos más de cerca. La belleza de las pinturas japonesas la fascinó de tal modo que permaneció como clavada al suelo, mirando de uno a otro de aquellos feroces guerreros de rostros impenetrables pese a estar soltando mandobles con das largas espadas curvadas que, por supuesto, la señorita Marsh ignoraba que se llamaban tachi, y que, con su metro treinta a metro cincuenta de longitud, eran las antecesoras de la katana, el famoso sable japonés, arma preferida por los samurai.

Consiguió, por fin, sustraerse a aquella fascinación, y vio entonces, en los dos lados de pared que enmarcaban la puerta, algunas armas cuya denominación tampoco conocía. Para ella, eran sables y palos, simplemente. Y cadenas. Para un entendido, eran katana, nunchaku, tanto, manrikigusari, tonfa…

Y de pronto, al volverse, la muchacha vio, sobre una mesita de daca negra, las flores. El impacto visual fue tremendo, sorprendente. Había solamente tres flores en un jarrón. El jarrón era blanco como la nieve, las flores eran rojas como la sangre, y se sostenían sobre los tallos con una gracia pasmosa. Cada tallo tenía una longitud diferente, de modo que las flores se mostraban a diferente altura, como formando escalones, las tres en la misma dirección. Era un arreglo floral de una sencillez asombrosa, pero de una belleza aún más asombrosa. Con tres flores y un jarrón, se había conseguido un adorno floral que la señorita Marsh no había conseguido jamás, ni siquiera

con una docena de las más caras rosas…

—¿Le gusta mi ikebana?

La voz de Masters, tras ella, la hizo respingar y volverse sobresaltada.

—¿Qué…? —exclamó.

—Mi ikebana —señaló Masters las flores; de pronto, frunció el ceño—. ¡No me diga que no sabe usted lo que es un ikebana!

—Pues… la verdad es que no, señor Masters.

—Bueno —sonrió de pronto él—, pues eso es un ikebana: un arreglo de flores según la vieja escuela japonesa. Tres flores, o cinco, o siete, dispuestas siempre de modo que se descienda desde el Cielo a la Tierra, dejando en medio al hombre.

—¿Quiere decir que estas flores representan al Cielo, a la Tierra y al Hombre?

—En este caso concreto, sí. Pero hay muchísimos símbolos más.

—Es muy bonito —murmuró la muchacha—. ¡Me gustaría saber hacer estas cosas!

—Puede hacerlo. Todo lo que se necesita es sensibilidad.

—¿Y usted la tiene?

—Lo estoy intentando —sonrió Masters.

—Ya… ¿Le parece una ocupación… realmente masculina?

John Masters se puso la chaqueta deportiva sobre el negro jersey de cuello cisne, y la señorita Marsh reparó entonces en su descuidada elegancia,

—¿Duda usted de mi masculinidad? —preguntó John.

—No, no… ¡No he querido decir eso! Pero… Bueno…

—En Japón, el arte del ikebana lo practica, prácticamente, todo el mundo. Bien entendido que los grandes maestros son hombres, no mujeres, ciertamente. Algunos de esos hombres poco masculinos, pesan ciento cincuenta kilos, y son campeones de sumo, o grandes judokas, o kendokas, o karatekas… o simples hombres de negocios, u obreros… Me temo, señorita Marsh, que todos ellos se reirían de su concepto de la masculinidad… y se apenarían por su ignorancia sobre el ikebana,

—Habla usted como si conociese bien a dos japoneses. ¿Quizá ha estado en Japón?

—Una temporada —sonrió Masters—. Bien: ¿nos vamos?

—Oh, sí… ¿Cree usted que yo podría aprender el arte del ikebana?

—Naturalmente, con un maestro adecuado. Sólo que los resultados serían mejores o peores, según su sensibilidad.

—A mí me parece que tengo sensibilidad —sonrió ella—. Así que sólo me falta encontrar un buen maestro.

—No tengo la menor duda de que podremos arreglar eso —sonrió, a su vez, Masters—. Supongo que tiene el coche abajo.

—Sí,

Tres minutos, más tarde, partían ambos en el coche de la señorita Marsh, que conducía, dirigiendo frecuentes miradas de reojo al impresionante ejemplar humano que, sentado junto a ella, parecía llenar el coche, no sólo con su presencia física, sino con aquella extraña aura de sosiego y poder.

—¿Y qué estuvo usted haciendo en Japón? —preguntó la señorita Marsh.

La cabeza de él se movió, giró hacia ella, con un movimiento lento y expectante, y entonces la muchacha supo lo que era: parecía el gesto de un águila volviéndose a mirar, altiva, a quien osaba molestarla.

—Estuve dedicado algunos años a aprender a ser tan fuerte que jamás tuviera necesidad de demostrarlo.

La respuesta dejó perpleja a la señorita Marsh. Tardó algunos minutos en asimilarla completamente. O en creer que la había asimilado.

—¿Quiere decir que usted es muy fuerte? ¿Aprendió luchas orientales?

—Algo de eso aprendí —sonrió Masters—. Pero no fue el conocimiento de las luchas lo que me hizo fuerte, sino el conocimiento de mí mismo y de los demás. Las luchas puede aprenderlas cualquiera. Pero no cualquiera aprende lo que hay detrás.

—Me parece que no entiendo eso.

—¿Lleva usted armas?

—Sí… Naturalmente —se sorprendió la señorita Marsh.

—Pues yo no comprendo eso. Y cuando usted comprenda lo que he comprendido yo, ya no llevará armas.

—¡Imposible! —rió la muchacha—. ¡En mi profesión no hay más remedio que ir armado, señor Masters!

—Cambie de profesión.

—¡Pero qué dice…!

—Que hace una hermosa noche estrellada, pero muy fría, me parece. No se distraiga, por favor. No quisiera llegar con retraso a la cita con el general Dougall.

—Sólo hay treinta millas hasta la quinta, así que no se preocupe: llegaremos a la hora convenida.

* * *

El coche se detuvo frente a las verjas de la quinta, sita cerca de una pequeña localidad en la campiña inglesa. Al resplandor de las

estrellas, se veía la casa, y el sendero que conducía a ella. En la planta baja había dos ventanas iluminadas. La señorita Marsh pulsó el claxon tres veces, y a los pocos segundos la sombra de un hombre se movió tras las verjas. La gran puerta fue abierta, el coche entró en el gran recinto enverjado de la quinta, y se detuvo. El hombre cerró las verjas, y se acercó, inclinándose hacia la ventanilla, cuyo cristal había bajado la señorita Marsh.

—Hola —saludó el hombre, desviando la mirada un instante hacia John Masters—. ¿Es él?

—Sí.

—Sigan hacia la casa.

La señorita Marsh reanudó la marcha, y, segundos después, detenía el coche frente a la casa, apagaba el motor y las luces, y se volvía a mirar a Masters.

—Fin del viaje, señor Masters.

—Ha sido muy amable.

Ella sonrió, se apeó, y Masters hizo lo mismo. Se reunieron junto al coche, fueron hacia la casa, y, ya en el pórtico, la muchacha empujó la puerta, que cedió. Entraron, y ella señaló hacia una doble puerta, a la izquierda del gran vestíbulo. Fueron hacia allá, la señorita Marsh la abrió, y entraron los dos en el espacioso salón, cuyas luces estaban encendidas.

Pero no había nadie allí. Masters miró sorprendido a la señorita Marsh.

—¿Y el general? —preguntó.

Ella también parecía sorprendida. Se acercó al teléfono, descolgó el auricular, y efectuó una llamada. Estuvo conversando un par de minutos, colgó, y miró a John Masters, que la contemplaba con expresión impenetrable.

—Un pequeño contratiempo de última hora —murmuró—: parece que el general Dougall se retrasará por lo menos una hora.

—Así lo he entendido.

—Bien… Lo siento. Ahora sí podríamos tomar algo. ¿Qué le gustaría?

—Tónica con un chorrito de ginebra.

John Masters se sentó en un sillón. La señorita Marsh preparó bebida en dos vasos, se acercó a Masters, y le tendió uno. De pie ante él, estuvo mirándolo mientras bebía un pequeño sorbo. Masters la miró también, de abajo arriba, lentamente.

—Espero que no nos aburriremos demasiado en esta hora —dijo la muchacha.

—¡No sé usted, pero yo nunca me aburro! ¿Por qué no se sienta?

—Oh, sí… ¡Encantada!

La señorita Marsh se sentó… sobre las rodillas de John Masters. Este no se inmutó. Miró de nuevo los hermosos ojos verdes que le contemplaban sonrientes.

—Espero que esté cómoda —deseó.

—Mucho. ¿Peso demasiado sobre sus rodillas?

—Nada: una pluma —sonrió Masters.

—¿De verdad? —abrió ella mucho los ojos—. ¡Tengo complejo de gorda, señor Masters!

—Olvídelo: está usted perfecta de peso y formas.

—Sobre todo, los pechos —refunfuñó ella—; ¡tengo manía de que los tengo demasiado grandes!

—No, no. Son perfectos.

—Usted dice eso porque no los ha visto bien… Quiero decir, al natural. ¡Son demasiado grandes!

—No me lo parecen —echó un vistazo Masters—, pero si usted lo dice, que los ve a diario… Siento no poder juzgarlos bien.

Ella parpadeó. Dejó el vaso en el respaldo del sofá, se desabrochó el vestido, tiró hacia arriba de los sujetadores, y los pechos parecieron saltar hacia el rostro de John Masters.

—¿Son demasiado grandes, o no? —preguntó la muchacha.

—Digamos que son convincentes. Francamente, a mí me gustan.

—¡Santo cielo! ¿Cómo es posible? ¡Son enormes… son feos!

En los oscuros ojos de John Masters había una expresión de puro y auténtico cachondeo.

—¿Feos? Nada de eso; son voluminosos, jóvenes, tersos, sedosos, hermosos, de forma bellísima, con la zona rosada sencillamente encantadora, y con unos extremos que a mí me parece que han de ser muy sensibles a los besos, por ejemplo.

—Pero demasiado duros, quizá, ¿no le parece?

—Sencillamente perfectos. Perfectos, magníficos. De todos modos, señorita Marsh, yo comprendo sus manías. También yo tengo la manía de que mi cuerpo es demasiado grande.

—¡Oh! Bueno, todo usted es grande y fuerte, así que eso sería… normal. ¡Qué suavemente acaricia usted…! ¿Quién lo diría, con esas manos tan grandes, tan fuertes…? ¡Oh! Ya me parecía notar que… ¡Santo cielo, quizá tenga usted razón! ¿Qué… qué hace…? Sí… Sí, no… no se detenga, por favor…

John Masters intentó colocar sus labios en el objetivo elegido, depositando allí un lentísimo beso. La señorita Masters lanzó un profundo gemido, y deslizó sus manos hacia el cuerpo de Masters, bajando el rostro, para ofrecer su boca…

* * *

La señorita Marsh suspiró, y dijo:

—Será mejor que nos vistamos correctamente: el general ya no puede tardar en llegar.

—Así lo espero —asintió Masters.

Ella saltó del sofá. Mientras se vestía, miraba a John Masters, que, también de pie, se arregló la ropa, y alargó la mano hacia la chaqueta.

—Después de esto —la señorita Marsh se colgó del cuello de John, sonriente— espero que no te negarás a enseñarme el arte del ikebana. ¿Te ha gustado?

—¡Ufff! —hizo simpáticamente Masters.

—También a mí —rió ella; le besó dulcemente en los labios y se apartó—. Voy al cuarto de baño, un momento. ¿Por qué no preparas algo para beber?

—Bueno.

Ella fue al sillón donde había dejado su bolso, lo agarró, y se dirigió hacia la puerta del salón. La abrió, comenzó a salir… y de pronto lanzó un grito de dolor, retrocedió, y cayó de espaldas de nuevo al interior del salón. La mirada de águila de John Masters había saltado hacia allí. Se posó en la muchacha, y luego, rápidamente, ascendió. Quedó fija en uno de los hombres que había en la puerta, empuñando una pistola. Luego, miró al otro. Y detrás de estos dos, había todavía otro hombre; por supuesto, todos armados.

Las pistolas apuntaron hacia Masters.

—Levante los brazos —dijo uno de los hombres.

John volvió a mirar a la señorita Marsh. Luego, al hombre que le había dado la orden. Y por fin, lentamente, alzó los brazos. Uno de los hombres se acercó a la señorita Marsh, le puso dos dedos en un lado del cuello, y masculló:

—Sólo está desvanecida. La dejaremos aquí. Usted, camine: nos vamos de este lugar.

Se incorporó, llevando en una mano el bolso de la señorita Marsh. Lo abrió, sacó la pistola de la muchacha, y se la guardó. Echó otro vistazo al bolso, sonrió al ver una pequeña tarjeta de identificación de la señorita Marsh, y lo tiró todo, despectivamente, a un lado. Miró a Masters, que estaba ya ante él, esperando. El hombre volvió a señalar hacia la puerta con la pistola, y se apartó. Los otros dos hombres también se apartaron. John Masters salió del salón, llevando detrás a los tres hombres armados. El que llevaba la voz cantante dijo:

—Mantenga los brazos en alt…

Su última palabra se convirtió en un grito de alarma y sorpresa. Se dispuso a disparar… pero ya el pie derecho de Masters, tras describir éste media vuelta, llegaba a su rostro… El impacto del geri de karata fue tremendo; acertó al hombre de lleno, lo alzó del suelo, y lo derribó

de espaldas, como un muñeco.

¡Crack!; crujió la pistola de uno de los sujetos que se mantenían en pie. Masters oyó el silbido sobre su cabeza, justo en el instante en que caía de rodillas frente al hombre, y disparaba su puño derecho hacia sus órganos genitales. El puño se hundió de lleno en la zona, en escalofriante tsuki, y el hombre lanzó un berrido espantoso mientras tiraba la pistola hacia arriba y él se desplomaba como muerto hacia delante, cayendo sobre Masters… El tercer sujeto, que se disponía a disparar, vaciló al ver cómo su compañero caía sobre los hombros de Masters… y un instante después se arrepentía de no haber disparado, al ver volar el cuerpo de su compañero hacia él. Lo recibió de lleno, con tal fuerza que ambos rodaron por el suelo, uno desvanecido y el otro intentando quitárselo de encima y apuntar con su pistola a John Masters…

Estaba de rodillas, buscando con los desorbitados ojos a Masters, cuando lo vio a su derecha. Quiso mover la pistola hacia allí, pero el puntapié le acertó en la muñeca, y el arma saltó. El hombre se puso en pie, gritando de dolor… Dos manos enormes cayeron sobre él, le asieron por las solapas, lo atrajeron hacia el cuerpo de John Masters… Un instante más tarde, impulsado por el movimiento de cadera tsuri komi goshi de judo el hombre salía proyectado fuertemente hacia arriba y hacia delante. Llegó hasta la pared, junto a la puerta del salón, y allá chocó, de espaldas y cabeza abajo. Cayó de cabeza, se oyó un seco ¡clock!, y el hombre quedó inmóvil, como desarticulado.

John Masters no dio la menor importancia a los acontecimientos. Corrió hacia el salón, se arrodilló junto a la señorita Marsh, de tan grato y reciente recuerdo, y le dio unos golpecitos en las mejillas.

—Despierta… ¡Vamos, nena, despierta!

La señorita Marsh abrió los ojos casi enseguida, no dando lugar a que Masters tuviese que recurrir al kuatsu para reanimarla. Por un instante, su mirada, velada, quedó fija en Masters. De pronto, lanzó un gritito, se sentó en el suelo de un salto…

—Tranquila. Todo está bien. Vamos, tenemos que largarnos de aquí cuanto antes. ¡Vamos, vamos…!

La puso en pie, y la empujó hacia la puerta. Salieron corriendo, tirando Masters de una mano de la muchacha. Al pasar junto a uno de los hombres, se detuvieron en seco. El hombre acababa de ponerse en pie, tambaleante, y miraba con expresión turbia a Masters… Tendió las manos hacia éste… que lo agarró por una de ellas, tiró de él, y al mismo tiempo su pie derecho barría los dos del hombre, alzándolo del suelo casi metro y medio, colocándolo horizontal, en impecable okuri ashi barai; soltó al hombre, y éste cayó, plano, de costado, resonando su cabeza contra el reluciente mosaico. El hombre quedó inmóvil, y Masters miró en busca de la señorita Marsh.

Cuando la vio, ella había recogido del suelo una de las pistolas, y le estaba apuntando con sorprendente firmeza.

—No te muevas ya más… amor mío —sonrió.

—¿Estás loca? —gruñó Masters.

—No. Simplemente, tendré que ser yo quien te mate. Lo siento de veras, porque me has gustado mucho, mucho, mucho…

¡Crack!, restalló el disparo efectuado por la señorita Marsh.

Pero al mismo tiempo, algo más restallaba en el aire. Algo más sonoro, incluso, que el disparo. E incluso más escalofriante que un simple tiro de pistola.

—¡YIHAAAA…! —vibró en el aire el Kiai de John Masters.

Capítulo II

FUE un grito tan nuevo, tan extraordinario, tan desconocido y terrible para la señorita Marsh, que su mano tembló mientras disparaba, y en sus oídos pareció atronar un extraño zumbido… La bala pasó desviada, aunque muy cerca del cuerpo de John Masters. Y éste, todavía en él aire, realizando aquel increíble vuelo, disparó su pierna derecha cuando pasaba por encima de la señorita Marsh.

El pie se hundió en el pecho de la muchacha, algo crujió, la muchacha gritó de modo espeluznante, la pistola saltó por el aire… Cuando el vuelo de Masters terminó, y éste, firmemente asentados ya sus pies en el suelo, se volvió a mirar a la señorita Marsh, ésta yacía de espaldas, ahora sin comedias ni fingimientos, lívida, desencajado el rostro en una mueca de dolor que persistía en la inconsciencia de la muchacha.

John Masters dio un paso hacia la señorita Marsh, pero en ese momento oyó voces fuera de la casa, acercándose. Las voces sonaban ya al otro lado de la puerta, las pisadas eran recias… La puerta se abrió, y aparecieron dos hombres empuñando sendas pistolas.

—¡Ahí está! —gritó uno de ellos.

Alzó la pistola, apuntó, y John Masters desapareció en un nuevo vuelo increíble hacia la amplia escalinata que subía al piso de arriba, destinado a dormitorios.

¡Crack, crack, crack!, restallaban, tras él, los disparos de los dos hombres, mientras Masters parecía más que nunca volar escaleras arriba. Y un instante más tarde, los dos hombres se miraban uno a otro, atónitos.

—¡No le hemos acertado! —gritó uno de ellos.

En el piso de arriba, John Masters entró en uno de los dormitorios, corrió hacia la puerta-ventana que daba a la terraza, la abrió, y salió a ésta. Abajo se oían voces de hombres, carreras, órdenes… ¿Cuántos hombres había allí? ¿Veinte, mil? Pero no era esto lo que tenía sorprendido a John Masters, sino el hecho de que el general Dougall le hubiese traicionado, le hubiese tendido aquella extraña, absurda trampa que no conseguía entender en lo más mínimo…

—¡Está dentro de la casa! —oyó—. ¡Quedaros dos aquí, los demás vamos a por él! ¡Tirad a matar!

Rumor de hombres, jadeos, exclamaciones… John Masters se asomó de nuevo a la terraza. Desde luego, tenía que salir de allí, a menos que quisiera quedar atrapado. Pero, desde la terraza al suelo

habían unos seis metros de altura. Demasiados incluso para él. A menos…

Su mirada fue hacia el coche de la señorita Marsh, detenido delante de la casa, frente a la puerta. Luego, miró la cornisa que seguía por la fachada de la casa siguiendo el dibujo de la balaustrada de la terraza. De un salto, como un gato, quedó de pie sobre la balaustrada, se deslizó por ésta, llegó a la cornisa, y casi corrió por ella, rozando con su hombro derecho la pared, y sabiendo que iba a caer, que era inevitable.

Y lo fue.

Sólo que para entonces, la cornisa ya había cumplido su cometido, ya le había servido para acercarse más al coche. Y cuando comenzaba a perder el equilibrio, se impulsó fuertemente con las piernas.

En silencio, el largo vuelo llevó a John Masters hacia el coche, cayó sobre el techo de éste, rebotó, y efectuó otro salto más corto, cayó al suelo, rodó sobre sí mismo, y se puso en pie de un salto.

Tres metros más allá, un hombre le contemplaba, con los ojos desorbitados por la sorpresa.

—¡Rick! —llamó—. ¡Está…!

—¡YIIIIAAAA…! —saltó de nuevo John Masters.

La barbilla del hombre crujió bajo el impacto de su pie derecho, y el hombre saltó hacia atrás, sin sentido. Masters cayó de pie, vio aparecer a dos hombres corriendo, y sin vacilar corrió hacia la zona oscura del jardín…

—¡Por allá va…! —oyó el aviso.

¡Crack, crack, crack…!

John Masters se elevó, desapareció entre la fronda de un alto abeto.

—¡Está en los árboles! —oyó ahora.

Cierto. Estaba en los árboles. Saltando de rama en rama, Masters llegó finalmente hasta las verjas, mientras por debajo de él, muy cerca, oía el rumor de hombres corriendo, haciéndose preguntas, pidiendo linternas… La distancia desde la última rama hasta las verjas, que quedaban a su altura, era de unos dos metros. John Masters saltó, pasó por encima de las puntas de lanza, y cayó al otro lado de las verjas, siempre en silencio, quedando ya fuera del recinto de la quinta…

—¡Ha saltado fuera! —gritó alguien—. ¡Vamos a…!

—¡Ya basta! —tronó una voz conocida por Masters—. ¡Ya es suficiente! ¡John, soy Preston Dougall! ¡Por favor, no te marches sin hablar conmigo! ¡Ha sido un malentendido!

John Masters, que se disponía a continuar su extraordinaria fuga de la trampa que habían pretendido cerrar sobre él, quedó como

clavado al suelo. Su vacilación fue breve. ¿Por qué no admitir que podía haber un malentendido? No podía desconfiar del general Dougall… ¡No podía hacer eso, porque entonces ya no podría confiar en nadie en toda su vida!

—¡John! ¡John, no te vayas, por favor! —seguía sonando la voz del general Dougall.

Segundos después, Preston Dougall aparecía corriendo en la zona donde John Masters, de pie, inmóvil, esperaba. El militar se detuvo, jadeante, a unos doce o quince metros de Masters. Por detrás de él llegaban más hombres, pero ya nadie parecía querer hacer daño a Masters, parecía que había sido anulada la orden de tirar a matar.

—John —jadeó Dougall, tendiendo las manos hacia Masters—. John, por favor, escúchame. Tengo algo que pedirte. ¡No te vayas!

John Masters asintió, y acudió al encuentro de aquel hombre que tendía las manos hacia él.

* * *

—Lo más grave es lo de Rita —dijo el hombre que había examinado a la muchacha—. Los otros, salvo el que tiene la mandíbula rota, sólo sufren magulladuras. Pero Rita tiene cuatro costillas rotas, y hundidas, de tal modo, que temo que puedan interesarle el pulmón derecho.

—Ya tenemos una ambulancia en camino —dijo el hombre que había estado hablando por teléfono.

El general Preston Dougall miró furiosamente al hombre llamado Stonewall, que permanecía en silencio, sombrío.

—¡Usted y sus tonterías! —estalló—. ¡Y le aseguro que hemos tenido suerte de que no haya habido ningún muerto!

Stonewall no contestó. John Masters sabía ya que era uno de los jefes del servicio secreto británico, y que todos, aquellos hombres que le habían atacado en la casa y fuera de ésta, lo habían hecho obedeciendo sus órdenes. ¿Motivos? Muy divertidos: Stonewall había querido someter a John Masters a una prueba de eficacia y posibilidades. Así que, a espaldas del general Dougall, y utilizando a sus hombres y a Rita Marsh, que trabajaba en el MI6 como los demás, habían tendido una trampa a Masters, utilizando pistolas que disparaban balas narcóticas. Lo de tirar a matar, según había explicado entre gruñidos Stonewall, había sido dicho solamente para acojonar a John Masters. En definitiva, la idea había sido abatir a éste con una bala narcótica, demostrando así cuan fácilmente podía ser abatido un hombre. Sólo que la demostración, en aquel caso, había sido un fracaso total…

—John —se oyó el gemido de Rita Marsh.

Masters se acercó a la muchacha, que yacía en el sofá, muy pálida. Se veía parte de su seno derecho, terriblemente amoratado. En el rostro de la muchacha habían crispaciones de dolor.

—John —intentó sonreír la señorita Marsh—, no te preocupes por mí, y no… no te culpes de nada… A fin de cuentas, me… me lo he merecido; me pareció… divertido jugar contigo.

—Lo siento, nena —murmuró Masters—. Espero que no sea nada grave.

—Ya verás cómo no… El señor Stonewall y yo quisimos demostrar… demostrar que eras un tipejo corriente, que… que se dejaba engatusar por un par de pechos bonitos, y ya ves… Por lo menos —el rostro de Rita Marsh se iluminó—, puedo decir… que en esa parte de la broma lo pasé… divinamente.

—Yo también —sonrió Masters—. No sabía qué estabas tramando, pero me pareció que no debía oponerme. Te visitaré en cuanto pueda, y te llevaré un ikebana.

—Eres muy amable… No nos guardes rencor… Cuando te expliquen por qué lo hemos hecho todo, comprenderás… comprenderás que debíamos hacerlo, que debíamos asegurarnos… de que elegíamos… al hombre adecuado… para el trabajo… adecuado…

—No hables ya más —Masters se inclinó, y besó los labios de la señorita Marsh—. Y no te preocupes por nada: yo siempre confié ciegamente en el general Dougall. Lo que él me diga, lo creeré.

Veinte minutos más tarde, Rita Marsh y el agente del servicio secreto británico que tenía la mandíbula rota, eran retirados en una ambulancia. Dos hombres más, terriblemente magullados, se fueron también. Los demás se quedaron en la quinta, fuera de la casa. En el salón de ésta, por fin, quedaron solamente el general Dougall y el sujeto llamado Stonewall, ambos mirando fijamente al impávido John Masters, que a su vez contemplaba a uno y otro hombre. Ambos debían tener alrededor de cincuenta años, pero mientras Preston Dougall era robusto, alto, fuerte, de mirada directa y colérica, Stonewall era delgado, refinado, casi sofisticado, y su mirada era fría, calmosa. Cada uno de ellos encajaba perfectamente en su trabajo: el primero, general de la Royal Army; el segundo, uno de los más importantes jefes de los servicios de espionaje y contraespionaje británicos.

—Siento lo ocurrido, John —dijo, de pronto, Dougall—. Pero no pude evitarlo. Stonewall me engañó, y cuando me dijo lo que ocurría, ya todo estaba en marcha.

—No se preocupe, señor.

—De todos modos —relucieron los ojos de Dougall—, en el fondo me alegro de lo que ha hecho Stonewall para convencerse de que eres

el hombre que necesitamos. En cuanto a la señorita Marsh, todo lo que tenía que hacer era aproximarse a ti todo lo necesario para convencerse de que, realmente, no llevabas armas ocultas, y luego dar la señal para que te atacasen.

—Pues tardó mucho en dar la señal, ¿no?

Stonewall se permitió una leve sonrisita.

—Evidentemente, usted gustó a Rita lo suficiente para seguir el juego a su gusto y placer. Lo cual nos ha sorprendido mucho; ella no es, precisamente, carne fácil, señor Masters.

—Lo que sí puedo asegurarles a ustedes —sonrió socarronamente John—, es que sí es carne de primera calidad. Bien, por lo que yo entiendo, usted, señor Stonewall, quería asegurarse de que yo podía escapar sin armas de una situación en verdad comprometida. ¿Es así?

—Sí. El general ya nos advirtió que usted es muy peligroso, pero… queríamos asegurarnos. Incluso por el bien del general, así que yo monté el asunto a espaldas de él, entreteniéndole el tiempo suficiente.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero, como el general ha dicho, yo pude haber matado a algunos de sus hombres, señor Stonewall.

—Nos pareció que eran exageraciones. Y eso, pese a saber, por medio del general, que usted es un budoka excepcional… Tanto, que en ciertos círculos se le conoce a usted con el nombre de Eagle. Y después de haberle visto volar atacando y escapando, lo comprendemos muy bien. Parece que es usted un hombre excepcional, en efecto.

—Es usted muy amable —sonrió Masters—. Aunque eso de llamar Águila a un hombre, a mí me parece exagerado. En fin, dejemos eso. Espero que la pequeña Emily esté bien, general.

—Ya no es tan pequeña —susurró Dougall—. Y, a decir verdad, no sé cómo está Emily en estos momentos, John: la han secuestrado.

La cabeza de John Águila Masters hizo un extraño gesto, como para alzarse. Los rubios rizos oscilaron un momento. Stonewall le miraba expectante, pero todo lo que vio fuese ese gesto, y, quizá, como un destello de fuego en los oscuros ojos.

—Esperemos —dijo, tranquilamente, Eagle— que quien sea que haya hecho eso esté tratando bien a la pequeña Emily mientras dure su cautiverio… Aunque lo que vio fue ese gesto, y, quizá, como un destello unos… veinte años, ¿no es así?

—Sí. Todavía está en la Universidad… Quiero decir que estaba.

—Ya. ¡Caramba, veinte años ya, la pequeña Emily…! ¿Le han pedido dinero?

—No —negó sombríamente Dougall—. A cambio de Emily me han pedido un cargamento de armas, que deberemos llevar a un yate llamado Mylove, que zarpará con rumbo desconocido. No sabemos

quiénes son, ni para qué quieren las armas, ni cuál es el destino que piensan dar a éstas. Si nadie molesta al Mylove, me devolverán a Emily. Si no cumplo lo que me exigen, me devolverán su cabeza… sin el cuerpo, se entiende. El Mylove está esperando las armas en Worthing, al sur.

—¿Y usted las va a enviar?

—Estamos estudiando el asunto —intervino Stonewall—. Naturalmente, todos comprendemos la angustia del general, pero tanto en el Parlamento como en Whitehall preocupa mucho el destino de esas armas. Es obvio que no las quieren, para nada bueno: semejante cantidad de armas podrían ocasionar muchas más muertes que la que significaría la hija del general. Aun así, las altas jerarquías, como prueba de afecto al general, estarían dispuestas a entregarlas si se tuviesen unas mínimas garantías de recuperación. El servicio secreto, el MI6 concretamente, ha sido requerido para tomar medidas en ese sentido…

—¿Qué medidas?

—Esa es la cuestión. El general estima que nuestra intervención puede ser contraproducente, ya que no podemos descartar la posibilidad de que esas personas que exigen las armas estén preparadas para captar cualquier movimiento de búsqueda por parte de cualquiera de nuestros organismos capacitados para ello.

—Lo que significaría la muerte de Emily —susurró John.

—Sin la menor duda. Por eso, el general se opone a nuestra intervención, y parece convencido de que sería mucho más conveniente utilizar un solo hombre, que, además, no tuviese nada que ver con los servicios secretos; un hombre desconocido en nuestro ambiente, y capacitado para resolver el asunto satisfactoriamente por sus propios medios. Ese hombre deberá garantizar que las armas serán recuperadas y Emily Dougall rescatada con vida. Sólo si existe esa garantía será aceptada en las altas esferas del Gobierno la entrega de esas armas. Bien entendido que no es su valor material lo que preocupa a todos, sino, como ya le he dicho, el uso a que se haya pensado destinar esas armas.

—Lo comprendo. Lo que no comprendo es por qué han elegido al general y a su hija para este asunto. Podían haber amenazado con volar la Torre de Londres, por ejemplo, exigiendo, a cambio de no hacerlo, esas armas al Gobierno.

—Es que no las han pedido al Gobierno —musitó Dougall—, sino a mí particularmente. La entrega tiene que ser secreta. Como general, confían que yo podría… escamotear esas armas de alguna parte y colocarlas en el yate Mylove. Por eso no quieren que me comunique con nadie sobre el asunto. En realidad, esta reunión aquí, y mis contactos con Stonewall, han sido secretísimos, John.

—Entiendo. ¿Y usted está capacitado para sustraer esas armas?

—Menos de lo que esa gente piensa… pero se podría simular que sí lo he conseguido. El problema está en recuperar, luego, las armas… y a mí hija. ¿Sería éste un vuelo demasiado alto para el águila, John?

—¡Ah! —sonrió Masters—. ¿No ha olvidado aquello, señor?

—Claro que no: si Eagle no lo hace, es porque no puede hacerse… Tú eres Eagle. ¿Podrás hacerlo, John? ¿Puede el águila volar tan alto?

—No es la altura lo que me preocupa —murmuró Masters—. La pregunta es: ¿hacia dónde debe volar el águila?

—Ese es otro de los problemas graves —dijo Stonewall—; no tenemos ninguna clase de datos sobre el paradero de la muchacha. Desapareció como por arte de magia; se esfumó. Como ve, el conjunto es todo un gran problema, señor Masters.

Una imagen luminosa apareció brevemente en la mente de John Águila Masters: la de una jovencita de largos cabellos rubios como el oro, cuerpo escuálido en el que ni siquiera apuntaban todavía los senos, y unos ojos azules, enormes, que le contemplaban siempre muy abiertos, maravillados, fascinados. Los tiempos en que John Masters había trabajado como instructor especial en la Royal Army estaban lejanos, pero la amistad hacia los Dougall y el cariño hacia la niña rubia que se embobaba mirando a Eagle, seguían vigentes.

—Bueno… —musitó, por fin, Masters—, no somos los únicos en tener graves problemas, señor Stonewall.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que esa gente, sean quienes sean, también tienen ya un serio problema: divisar al águila antes de que caiga sobre ellos con las garras por delante.

—¿Aceptas, entonces? —exclamó Dougall.

—Naturalmente. Jamás dejaría en la estacada a la pequeña Emily, de modo que levantaré el vuelo inmediatamente hacia esa localidad del Sur, en busca del yate Mylove…

—A partir de ahora ya no lo llamaremos así —sonrió Stonewall—. Ese yate será llamado la gaviota, simplemente.

—¿Quién lo llamará así? —se sorprendió Masters.

—Nosotros. Vamos a dejar que usted haga el trabajo duro, señor, Masters, pero no estará solo realmente. ¿Sabe utilizar una radio de bolsillo?

—Por supuesto.

—Muy bien. A partir de este momento, usted será denominado exclusivamente con el nombre de Eagle. No se mencionará ningún otro nombre. Sólo Eagle. Se le proporcionará una radio, y…

Capítulo III

EL tercer vuelo llevó al águila a Lisboa, concretamente a un pequeño y discreto hotel, en verdad encantador, llamado La Lúa, en la Rúa da Boavista. Anteriormente, había estado en Srest, Francia, y en La Coruña, España. Pero la gaviota, es decir, el yate Mylove, que había zarpado finalmente de Worthing cruzando el Canal de la Mancha hacia el Atlántico, proseguía su singladura por éste, siempre hacia el Sur, de modo que el águila había tenido que ir volando, también hacia el Sur, tomando pequeños descansos.

—En cada lugar de descanso, una comunicación por radio le informaba del viaje del Mylove, el yate al que, en Worthing, Masters había echado un vistazo. Un hermoso yate grande, blanco, de veloz andadura. Por supuesto, el servicio secreto británico se había interesado por el yate, pero el resultado, decepcionante, no les sorprendió: no estaba registrado en parte alguna un yate con ese nombre que navegaba con bandera británica. La conclusión a obtener era simple: convencidos de su impunidad, las personas que ocupaban el yate habían cambiado el verdadero nombre de éste, poniéndole el de Mylove como simple identificación para aquel menester.

Periódicamente, utilizando sus grandes recursos, el MI6, británico había ido localizando el Mylove en varias posiciones, durante su navegación, y pasando instrucciones a Eagle, que volaba y volaba a la espera del momento de lanzarse al ataque. Pero; por el momento, las cosas seguían su curso sin novedad alguna…

En Lisboa, las cosas comenzaron a complicarse.

Tendido en la cama de su habitación en el hotel La Lua, John Masters oyó la llamada a la puerta. La oyó como lejana, porque en aquel momento se hallaba en estado de profunda relajación física y mental, dejando que los pensamientos llegaran y se marcharan con ligereza; no los buscaba, ni los rechazaba; simplemente, iban y venían. Ni siquiera los clasificaba como agradables o desagradables. Eran pensamientos de cosas que habían ocurrido, y eso era todo…

No tenía por qué clasificar sus pensamientos. Hacía ya tiempo que John Eagle Masters había adoptado el Zen como norma de vida. El Zen no era una religión; ni siquiera, según algunos, una filosofía. Era sólo eso: una forma de vivir, en la que se aceptaban las cosas como eran, sin compararlas con otras cosas. Así, lo contrario de blanco no tenía por qué ser negro, ni lo contrario de bueno tenía que ser malo. No había regla alguna. Lo contrario de blanco podía ser rojo, lo

contrario de bueno podía ser indiferente. No había nada establecido, ninguna norma, porque a cada instante de la verdadera vida, las cosas podían ser diferentes a las anteriores. Un hombre puede tener sed, y beber agua. Al día siguiente, vuelve a tener sed, pero no bebe agua, sino cerveza. Por lo tanto: ¿por qué asegurar que la sed necesita, precisamente, agua? Un hombre es bueno hoy, y mañana puede ser malo, o no ser ni bueno ni malo; ser, simplemente, nada…

La vida es como es AHORA, y punto final.

Por ejemplo: ¿había sido mala la encantadora Yasuko? ¿O el malo había sido el terrible Shingo? ¿O quizá el malo había sido él, John Masters…?

* * *

—Bien venido seas, Masters San —le sonrió la encantadora Yasuko.

—Hola, Yasuko —había sonreído John—. Perdona el retraso, pero ya sabes cómo es la circulación en Tokio. ¿Puedo pasar?

—Te lo ruego —se apartó Yasuko de la puerta del apartamento.

John Masters entró en el apartamento, fueron hacia la salita de estar, y enseguida sonrió, al ver al precioso ikebana en la repisa de una ventana simulada, con la luz detrás. El rumor de Tokio apenas llegaba al pequeño apartamento de ambiente delicioso. Olía… Sí, como a flores secas quemadas.

—Es un precioso ikebana — lo señaló Masters—. ¡Ojalá a mí me quedaran tan bien como a Shingo!

—¿Quieres té?

—Sí, cómo no… ¿Y Shingo?

—No está. Está fuera de Tokio.

—Ah… Ya me había extrañado no verlo en el dojo, hoy… La verdad es que cuando me has llamado he pensado que él podía estar indispuesto, y que quería pedirme algo.

Yasuko no contestó. Estaba ya arrodillada ante la mesita donde esperaba el té, casi a punto. Yasuko llevaba un kimono de seda azul, que hacía un bello contraste con sus facciones doradas y sus grandes ojos negrísimos. La piel de la muchacha parecía de alabastro, fina y tersa, luminosa. El ligero kimono se entreabría, dejando visibles parcialmente los menudos senos enhiestos, que a Masters le parecieron delicadas flores.

Desvió rápidamente la mirada cuando ella alzó los ojos, de pronto.

—¿Estás muy cansado, Masters San? —preguntó.

—Claro que no —sonrió John—. Cuando un karateka llega al nivel que hemos alcanzado tu marido y yo, ya no se cansa nunca, porque sabe que eso es contraproducente en un entrenamiento; así que

cuando vemos asomar el cansancio, nos vamos a la ducha.

—Me ha dicho Shingo que has hecho grandes progresos en el karate.

—Tu marido y yo tenemos la suerte de haber encontrado el mejor Maestro del mundo.

—Sí… Shingo está muy contento con Sensei Inomura. Gracias a él, ha comprendido el verdadero espíritu del karate. Antes, para Shingo, el karate era sólo saber dar golpes lo más fuertes posible. ¿No quieres sentarte?

John Masters se sentó frente a un lado de la mesita.

El té olía deliciosamente. Se quedó mirando las bellísimas manos de Yasuko, que parecían pájaros de luz. ¡Qué encantadora y frágil le parecía Yasuko…! Gran contraste con su marido, el buen Shingo, el karateka de los puños de piedra.

—Huele muy bien aquí —dijo John—. A varias cosas, todas agradables: ¿Te ocurre algo, Yasuko?

—¿A mí? ¿Por qué preguntas eso?

—Bueno, si me has pedido que venga debe ser por algo, ¿no? y puesto que Shingo está fuera de Tokio, pienso que quizá necesitas algo, y que yo puedo ayudarte. ¿Algo va mal?

—No —susurró Yasuko—. No. ¿Por qué no te quitas la chaqueta? Hace mucho calor aquí.

—No importa; puedo soportarlo.

—Yo no.

Sentada sobre sus rodillas, Yasuko se quitó el kimono. No llevaba nada más debajo, y su fino cuerpo apareció como una insólita flor ante los ojos del británico. Las caderas tenían una curvatura casi infantil; el vientre era delicioso; los senos, menudos, y de aspecto tan tierno que parecía que pudiesen ser lastimados tan sólo con la mirada. Las miradas de John Masters y Yasuko quedaron fijas una en la otra, como sujetas por un tenso cable.

—¿Por qué lo has hecho? —susurró Masters.

Yasuko cerró los ojos, suspiró profundamente, y sus labios temblaron un instante.

—Quería que me vieras así, y me dijeras si te parezco hermosa, Masters San.

—Claro que me pareces hermosa. Mucho.

—Entonces… ¿por qué nunca has intentado nada conmigo? ¿Por qué nunca me has… buscado?

—¿Estás bromeando? ¡Eres la esposa de mi compañero Shingo!

—¿Pero… te gusto?

—Tanto como una porcelana milenaria —sonrió Masters.

—¿Quieres decir que no me deseas?

—Vamos, Yasuko, esta conversación no tiene objeto… Eres la esposa de un budoka compañero mío. El sexo no tiene importancia en sí mismo, pero sí la tiene en cuanto puede implicar una actitud de lealtad hacia otra persona.

—¿No querrías hacerme tuya?

—Sólo si supiera que eso no iba a lastimar a Shingo. Pero él te ama tanto que sé muy bien que lo lastimaría.

—Él no tendría por qué saberlo nunca…

—Lo sabría yo.

—¿Y no se te ocurre que me estás lastimando a mí al rechazarme? ¡Yo te deseo tanto y hace tanto tiempo, Masters San…!

—¿Y me has atraído aquí para que hagamos el amor?

—Sí… ¡Lo deseo! Por eso, he conseguido enviar a Shingo a ver a mí madre, insistiéndole que ella debe encontrarse enferma. Estamos solos, y yo te deseo, tú eres un hombre… Te suplico que me poseas, Masters San. ¡Oh, sí, hazlo una y mil veces, millones de veces…!

Los ojos de Yasuko parecían carbones encendidos, su rostro se había arrebolado, sus labios temblaban, sus pechos parecían palpitar con fuerza increíble… John Masters bajó la mirada hacia la mesita, tomó la taza de té, y comenzó a beber, con lentos sorbos. Cuando terminase el té, simplemente se pondría en pie y se marcharía. Yasuko era bellísima, pero él no había dedicado años de su vida a permanecer en Japón bajo la dirección de un Sensei como Takeo Inomura para ahora hacer pedazos el concepto del DO que tanto le había costado encontrar y comprender… En Inglaterra, como instructor militar, había llegado un día a la saturación, había llegado a la conclusión de que no quería dedicarse más tiempo a enseñar a otros hombres cómo matar a sus semejantes. Por eso se había marchado, en busca de algo mejor, de otra forma de vida mejor… Y la había encontrado.

Y ahora, cuando estaba en el verdadero Camino, una bella flor, podrida por dentro, quería arruinarlo todo por un capricho sexual. Era absurdo…

De pronto, John Masters alzó la cabeza, y la movió de aquella manera aquilina, con aquel gesto vivo y lento a la vez. Sus ojos quedaron fijos en Shingo, que estaba en el umbral de la sala. Yasuko siguió la dirección de su mirada, vio a su marido, y lanzó un gritito de sobresalto.

—¡Shingo!

Shingo Kaji, Cuarto Dan de Karate, estaba demudado, pálido como un muerto, fijos sus ojos en John Masters.

—Algo dentro de mí me lo decía —dijo, con voz apenas audible—. ¡Y tenías que ser tú, John!

—Estás equivocado —musitó Masters.

—Ponte en pie. Puedo perdonarla a ella; no es más que una mujer… ¡Pero nunca te perdonaré a ti, mi compañero budoka, mi amigo! ¡Ponte en pie!

—No quiero pelear contigo, Shingo.

—¡Ponte en pie! Y cuando haya terminado contigo, será mejor que desaparezcas de Japón. Yo personalmente le diré a Sensei cómo has asimilado sus lecciones. ¡Te digo que te pongas en pie!

A manotazos, Shingo se quitó la ropa de cintura para arriba, dejando al descubierto su impresionante torso de karateka, en el que vibraban, como láminas de acero, sus músculos prodigiosos. Los puños de Shingo se cerraron, sus pies se movieron, su cuerpo quedó en la Kamae, a la espera del adversario.

John Masters terminó la taza de té, se puso en pie, y comenzó a caminar hacia la puerta, hacia Shingo Kaji.

—Pase lo que pase, Shingo, seguiré siendo tu amigo —dijo—. Lo seré, porque tengo la certeza de que algún día sabrás que te has equivocado conmigo. ¡AUGGFFG…!

El espantoso golpe propinado por Shingo acertó de lleno a Masters en el vientre, que resonó como un tambor. Los durísimos músculos resistieron aceptablemente el golpe, al que siguió otro, ahora, en el pecho… John Masters giró sobre sí mismo, y fue a dar de bruces contra el marco de la puerta. Se agarró allí, sacudió la cabeza, y continuó caminando hacia la salida del apartamento, sin mirar a Shingo.

—¡No me vuelvas la espalda! —aulló el japonés—. ¡Mírame!

Masters continuó caminando. Shingo se colocó ante él de un salto, blandió el puño derecho y lo disparó. La barbilla de Masters pareció sacudida por un cañonazo, pero Masters se mantuvo en pie. El siguiente golpe le acertó en la boca, partiéndole los labios, que salpicaron sangre a todos lados.

—¡Pelea! —gritó Shingo—, ¡Pelea, cerdo cobarde!

Sangrando profundamente, John Masters continuó caminando hacia la puerta. Se estremeció cuando recibió el golpe en los riñones, vaciló, siguió caminando, y cayó de rodillas al recibir el siguiente impacto. Quedó de manos y rodillas, nublada la vista. Sacudió la cabeza, se puso en pie, y, por entre una bruma oscura, distinguió la silueta de Shingo Kaji, puños en ristre.

—¡Pelea! —casi imploró Shingo—. ¡Pelea, pelea…!

Masters volvió a sacudir la cabeza, y reanudó su marcha hacia la puerta. Salió sin recibir más golpes, y, dando bandazos a un lado y otro, comenzó a bajar las escaleras. Por detrás de él llegó la voz de Shingo Kaji:

—¡Ni siquiera eres un budoka! ¡No vuelvas nunca más por Japón, nunca…! ¿Me oyes? Porque si vuelves, ¡te mataré a golpes!

* * *

La llamada a la puerta de la habitación del hotel La Lúa se repitió. John Eagle Masters salió de la cama, recorrió la corta distancia, y abrió la puerta. Se quedó mirando al hombre que había allí, con gesto preocupado; pero el gesto desapareció al ver a John.

—¿Qué desea? —preguntó éste.

—Estoy buscando un águila.

—Pase —sonrió el budoka.

Cerró la puerta cuando el hombre hubo entrado. Señaló una silla, el hombre se sentó, y le ofreció cigarrillos. Masters negó con un gesto, y fue a sentarse en el borde de la cama.

—¿Qué ocurre? —se interesó—. ¿Se les ha estropeado la radio?

—No. —negó el hombre del MI6—. Sólo hemos pensado que quizá necesite algo. Por ejemplo, dinero, para regresar a Londres. ¿Necesita dinero, o alguna otra cosa?

—¿Regresar a Londres? —susurró Masters—. ¿Por qué?

—Hemos perdido la gaviota.

John se pasó las manos por la cara, con energía, como queriendo espabilarse.

—¿Han perdido ustedes el yate Mylove? —presunto.

—Sí.

—¡Pero eso es absurdo!

—En efecto —aceptó el espía, hoscamente—. Pero así están las cosas, señor Ma… Eagle.

—¡Qué tontería! No se pierde un yate en el mar. Puede hundirse, pero no perderse… ¿Se ha hundido?

—Podría ser. El hecho cierto es que ha dejado de estar bajo control. Y no me diga que somos tontos, porque no sería cierto. Ni somos tontos, ni ineptos… pero el Mylove ha desaparecido. Quizá lo recuperemos, pero no puedo garantizárselo Por otra parte, eso requeriría tiempo, y alguien ha pensado que usted no tiene por qué esperar perdiendo el suyo.

—Mi tiempo está ahora dedicado a esto, señor… como se llame. ¿Cómo esperan recuperar el yate?

—La verdad es que lo vemos… imposible. Nuestra idea es que está en el fondo del mar.

—¿Un accidente?

—No, no, ni mucho menos. En todo caso, habría sido hundido a propósito… después de trasladar las armas a otro barco. Eso se habría

hecho en alta mar, naturalmente, de noche. Estamos intentando obtener conclusiones sobre esa posibilidad, pero la cosa se ha complicado mucho.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, esperamos saber relativamente pronto cuáles barcos pudieron cruzarse en la ruta del Mylove; preferentemente, cargueros con instalaciones de grúas y cosas así que pudieran haber trasladado a bordo las armas. Pero aun suponiendo que llegásemos a localizar algunos barcos de esas características, ya no tendríamos la seguridad de que las armas estaban en uno de ellos. Para tener esa seguridad, habría que echar un vistazo al interior de esos cargueros… y entonces todo se echaría a rodar. Y para eso, claro está, no le necesitamos a usted.

John Masters palideció.

—Si de entiendo a usted bien —susurró—, me está diciendo que eso es, precisamente, lo que piensan hacer, y que, por lo tanto, yo ya no pinto nada en esto.

—Bueno… No quería decirlo tan crudamente, la verdad.

—Pero es eso, ¿no?

—Señor Eagle: nuestro Gobierno no puede permitir que esas armas lleguen a su destino. La infantil idea del general Dougall ha fracasado, eso es todo, así que ahora intervenimos nosotros.

—Ya. Es decir, que ahora comenzarán a meter sus narices en todos los barcos que ofrezcan posibilidades de ser el que ha recibido las armas. Lo que significa que esa gente sabrá que el servicio secreto británico está interviniendo… Y entonces, le cortarán la cabeza a la hija del general… y hasta es posible que, además, continúen en posesión de las armas.

—Es un riesgo que tenemos que correr. Lo que no podemos hacer de ninguna manera es aceptar la jugada de esa gente y quedarnos cruzados de brazos, esperando que las armas lleguen a destino y que liberen… o no, a la señorita Dougall. Tenemos que buscar ese barco.

—¿Y usted cree que yo no podría buscarlo… y encontrarlo?

—No sea ingenuo. ¿Pretende compararse usted a todo el servicio secreto británico? ¡Nosotros podemos movilizar cien hombres! Mil, si es necesario… ¿Qué puede hacer usted?

—Por el momento —masculló John—, podría partirle a usted la cara.

—Aceptado —sonrió el espía—. ¿Y qué más?

John Masters quedó silencioso un par de minutos, bajo la expectante mirada del agente británico. Por fin, murmuró:

—Vamos a hacer un trato, amigo.

—¿Qué trato?

—Ustedes buscan esos barcos, me dicen dónde están, yo voy allá, y echo un vistazo por mi cuenta. Si encuentro las armas, sigo con el asunto. Si no las encuentro, intervienen ustedes. A fin de cuentas, lo que haría yo sería lo mismo que pretenden hacer ustedes. Sólo se trata de que aplacen su intervención.

—Ya comprendo. Pero hacer eso, para usted, es lo mismo que meter la cabeza en la guillotina. En cambio, nuestro servicio…

—¡A la mierda usted y su servicio! —explotó Masters—. ¡A mí, quien me interesa, es la pequeña Emily! Y estoy dispuesto a jugarme el cuello con todas las probabilidades en contra, antes de permitir que ustedes tomen ya la iniciativa y condenen, así, a muerte, a Emily.

—De acuerdo —asintió el hombre, sorprendiendo a Masters—. Es su cuello, señor Eagle.

—Oiga… Ha aceptado muy pronto mi proposición, ¿no le parece?

El hombre se puso en pie, sonriendo secamente.

—Ocurre que su idea ya la habíamos tenido nosotros, pero no nos pareció amable por nuestra parte sugerírsela. Ahora bien, si a usted le parece aceptable ese riesgo… ¿qué culpa tenemos nosotros?

—La madre que los… ¿De modo que ya calcularon esa posibilidad?

—Pero es usted quien se ha ofrecido, que conste.

—¿Quiere que le firme un documento en ese sentido?

—No se moleste —casi rió el hombre—. Es usted un tipo con los cojones bien puestos, señor Eagle. Le deseo mucha suerte, de veras. Dentro de tres horas sale un avión hacia Tánger.

—Le sobra tiempo para tomarlo.

—Yo no voy a Tánger —rió definitivamente el hombre—. Es usted quien tiene que tomar ese avión. Cuando llegue allá, si necesita algo utilice la radio, y diga que ha hablado conmigo… Con Peter. Como de costumbre, estará bien respaldado, señor Eagle.

—Me alegra saberlo. ¿Qué tengo que hacer en Tánger?

—Interésese por un carguero cuyo nombre es South Cape, de bandera sudafricana. Nos hemos enterado de que hará escala en Tánger… Y por el momento, que nosotros sepamos, es el único barco que pudo coincidir durante la noche con el yate Mylove en el Atlántico. ¿Comprende?

—Claro.

—Seguimos investigando en las listas de navegación internacional por si pudieron haber más barcos cerca del Mylove, pero de momento, como le digo, tenemos el South Cape… y a fin de cuentas, usted ya no tiene nada que hacer en Lisboa.

—Me está resultando interesante tratar con gente como ustedes —sonrió, de pronto, Masters—. Tienen una mente tortuosa, pero siempre tienen algo que enseñar a gente ingenua como yo.

—Puede que sea usted ingenuo —dijo el llamado Peter, serio de pronto—, pero por lo que he oído, no me gustaría encontrarme entre sus manos. Buena suerte. Si tiene problemas para conseguir pasaje en avión, llámeme por la radio.

—Como ya dije hace días, no soy yo sólo quien tiene problemas. Encontraré billete, no se preocupe.

Capítulo IV

EL carguero South Cape arribó a los muelles de Tánger ese mismo día, cerca del anochecer. Para entonces, el águila había llegado ya volando desde Lisboa, y, en el momento de la arribada, estaba en el muelle, esperando pacientemente…

Su aspecto era bien diferente al de los últimos días. Llevaba una ropa vieja y algo sucia, que había adquirido en el zoco apenas llegar, tras preparar su plan durante el vuelo Lisboa-Tánger. Calzaba zapatillas de lona, se tocaba con una extraña gorra de blanca visera, y, en contra de su costumbre, un cigarrillo colgaba de sus labios. Con las manos en los bolsillos, estuvo esperando a que el South Cape atracase, y que fuese colocada la pasarela. Entonces, tranquilamente, se dirigió hacia el barco, enfiló la pasarela, y, mientras subía por ésta disparó el cigarrillo, con dos dedos, hacia el agua. En el portalón de la borda, dos hombres de raza blanca le miraban expectantes, un poco fruncido el ceño. Masters llegó ante ellos, se tocó la sien con dos dedos en desganado saludo, y dijo en inglés:

—Hola. ¿Por dónde anda Sam?

—¿Qué Sam?

—Sam Bolters.

—No hay nadie llamado así a bordo, amigo.

John Masters frunció el ceño, chascó la lengua con disgusto, y comenzó a caminar hacia el centro del barco. El hombre que había negado la presencia del tal Sam Bolters le asió de un brazo.

—Oiga, le he dicho que no hay a bordo ningún Sam Bolters.

Masters se detuvo, miró la mano que tenía, en su brazo, y luego miró al hombre.

—Me gusta ser amable con la gente —dijo, sonriendo de un modo poco menos que siniestro—, pero si no me quita la mano de encima le voy a partir el brazo como si fuese un lápiz. Eso aparte, sepa que si Sam me dice que llega en este barco es que llega en este barco. Ahora bien, si usted no sabe quién es Sam, eso ya es otra cosa. ¿Comprende? La idea es que usted se meta esa mano en el culo, y yo seguiré preguntando por Sam. ¿Le va bien así?

El hombre se pasó la lengua por los labios, miró a su compañero, que estaba un tanto rígido, y soltó a Masters, que sonrió y se sacudió una imaginaria suciedad que pudiera haber dejado la mano del marino. El cual, como su compañero, parecía haber valorado adecuadamente la potencia física del visitante del South Cape.

—Luego pasaremos a saludarles Sam y yo —dijo Masters.

Continuó caminando hacia el centro del barco, mirando a todos lados. Otros tripulantes, que habían presenciado de lejos la escena, lo miraban, pero nadie dijo nada ni intentó nada. Por su parte, tras parecer decepcionado al no ver en cubierta a Sam Bolters, John Masters se metió en el interior del barco. Se cruzó con dos hombres más, que subían a cubierta. Lo miraron sorprendidos, pero él pasó junto a ellos con un saludó de la cabeza, y siguió adelante.

¿Dónde podían estar las armas? Teniendo en cuenta que su volumen era considerable, sólo podían estar ocultas en uno de los compartimentos de carga. Había ametralladoras, subfusiles, pistolas, morteros y munición en abundancia para cada una de estas armas. Todas muy bien embaladas en cajas de madera sin inscripción alguna, y que él había visto cargar en el embarcadero de Worthing. No eran paquetes que pudieran ocultarse en cualquier rincón del barco: tenían que estar en zonas adecuadas, amplias, bien acondicionadas…

Se cruzó con algunos hombres más, que le miraron con leve sorpresa.

—¡Hey! ¿Por dónde anda el mierda de Bolters? —preguntó John.

Los otros movieron negativamente la cabeza, Masters refunfuñó, y siguió adelante. Llegó muy pronto al primer compartimento de carga. Abrió la puerta, entró, y se encontró allí con dos hombres más.

—¿Está Bolters por aquí? —preguntó.

—No… ¿Qué Bolters?

Masters soltó un gruñido, y miró hacia el fondo del compartimento. Era muy fácil comprobar que las armas y municiones no estaban allí, por la sencilla razón de que el compartimento estaba prácticamente vacío.

—Buscaré por otro lado —masculló.

Dio media vuelta, salió, y comenzó a recorrer el pasillo a la inversa. ¿Por otro lado? ¿Por qué lado? Sabía ya, por la disposición interior del South Cape que estaba viendo, que no había más que aquel compartimento de carga… Y estaba vacío. Es decir, ni rastro de las cajas con das armas. Decepcionante. Pero, a fin de cuentas, podían ser muchos los barcos que se habían cruzado con el Mylove, así que todo lo que tenía que hacer era abandonar el South Cape, llamar por la radio, y preguntar si tenían alguna otra información para él. El truco podía estar utilizándolo en todos los barcos, así que…

De pronto, se detuvo en el pasillo. Frente a él habían aparecido varios hombres, entre los cuales distinguió a los dos que le habían dado el alto apenas abordar el barco. Había siete u ocho, apelotonados, y todos le miraban hoscamente, en silencio. Y todos sostenían un arma u otra: una barra de hierro, un garfio de carga, una

cabilla… El grupo también se detuvo, bloqueando el paso hacia la cubierta.

—¿Qué demonios les pasa? —gruñó Masters.

Oyó pisadas por detrás de él, volvió la cabeza, y vio a los dos que habían estado en el compartimento de carga, acercándose, uno de ellos preguntando, en voz alta:

—¿Qué pasa aquí?

La respuesta le llegó del grupo armado de palos y hierros:

—Este tipo se ha metido en el barco como si fuese suyo… y preguntando por alguien que no está aquí. Me parece que es un vivo…

—Oiga, amigo —comenzó a mascullar Masters—, cuando yo…

—¿Y quién demonios es usted? ¿Con qué permiso se ha metido en el barco?

—Ya les digo que estoy buscando a Sam Bolters.

—Y yo ya le dije, que no hay nadie llamado así a bordo —dio un paso hacia él el marino—. A pesar de eso, usted se metió donde le dio la gana. Y eso no nos ha gustado nada.

—Les digo que…

Masters calló, porque de los dos que tenía detrás, uno acababa de sacar una pistola, con la que le apuntó.

—Colóquese de cara al tabique, y ponga las manos en él, muy arriba. Los pies, muy separados. ¡Vamos, hágalo!

De nuevo frunció el ceño, John Masters. Estaba rodeado por diez hombres armados de modo diverso, incluida una pistola. Refunfuñando; obedeció al de la pistola, que hizo un gesto. Tres de los que empuñaban barras de hierro y garfios se acercaron; y uno de ellos procedió a registrarlo. Todo lo que encontró fue un pañuelo, una billetera, y algo de dinero. Volvió a pasarle las manos por todo el cuerpo, especialmente entre las ingles y por las pantorrillas. Parecía decepcionado.

—No lleva armas —dijo— Pero este tipo no me gusta nada.

—¿Usted y quién más están buscando a ese Bolters?

—Yo solo. Sam me escribió diciéndome que llegaba en este barco, así que…

Captó la seña que el de la pistola hizo a los que tenía detrás, y comenzó a volverse velozmente… pero ya era demasiado tarde: la cabilla, manejada por uno de los marinos, le golpeó en la parte posterior de la cabeza, que pareció llenarse de millones de lucecitas.

Aun así, terminó de volverse… y entonces recibió el siguiente golpe, en la frente.

Esta vez, las lucecitas duraron muy poco, porque enseguida, se sumergió en la más densa oscuridad.

* * *

La luz pareció golpearle en las pupilas, así que volvió a cerrar los párpados, rápidamente. Luego, los fue abriendo, despacio, con la cabeza vuelta hacia el lado contrario del que llegaba la luz. Al terminar de abrir los ojos vio su mano derecha, atada con cordeles al soporte de una litera. Encima había otra litera. Enseguida comprendió su situación: estaba tumbado en una litera inferior, amarrado a ella de pies y manos, en forma de equis.

Volvió la cabeza hacia el centro del camarote, y entonces, vio a la negra.

Una negra preciosa, que le sonreía simpáticamente, estirando sus gordezuelos labios. Tenía los dientes blanquísimos, los ojos negrísimos. Su cabello estaba peinado a lo afro con gran estilo. Sus ropas eran de primerísima calidad, elegantes, amoldándose a un cuerpo de lo más escultural y espectacular que John Masters había visto en su vida. Era muy joven, de rostro bellísimo, increíble.

—¿Quién es usted? —murmuró John, con voz ronca.

La muchacha negra sonrió, acercó un taburete, y se sentó junto a la litera. En su mano izquierda mostró la billetera de Masters.

—Es usted un hombre muy torpe, señor. Masters —dijo, en un inglés perfecto—. O por lo menos, muy precipitado.

—¿Por qué dice eso?

—He encontrado en su billetera una carta firmada por alguien llamado Sam Bolters, en efecto. Esto justificaría su presencia en este barco, si este barco se llamase South Point.

—¿Qué…? —se desconcertó Masters.

—Su amigo Bolters le dice que llegará en el South Point. Y éste es el South Cape, señor Masters.

Eagle parpadeó, en perfecto gesto de fingimiento. Demasiado bien sabía él que se había equivocado, ya que aquella carta la había escrito él mismo utilizando la mano izquierda. Precaución que, al parecer, había resultado útil, a fin de cuentas.

—¿Me he equivocado de barco? —masculló por fin.

—Evidentemente.

—¡Maldita sea mi estampa…! Está bien, lo siento. Y ahora, dígame qué significa todo esto. ¿Por qué me han atado? Cualquiera puede equivocarse, ¿no?

—Desde luego —sonrió la bella negrita—. Nosotros, los del South Cape, también podemos equivocarnos, por lo tanto.

—No comprendo eso.

—Bueno, verá usted… Nosotros salimos de vacío de cierto puerto de Inglaterra, y teníamos que tomar una carga en Tánger, para llevarla

hacia el sur. Pero, desde hace unos meses, tenemos algunas dificultades con ciertas personas, y temimos que usted fuese alguien enviado por ellas para sabotearnos el barco. No sé si me explico.

—Creo que la entiendo… Mire, yo sólo vine aquí a buscar a Sam Bolters, así que… ¿O no me cree?

—Naturalmente que sí —se sorprendió la negra—. Es por eso que estoy yo aquí, para darle explicaciones y pedirle disculpas personalmente por lo ocurrido. Le ruego que comprenda la actitud de mi tripulación.

—La comprendo —gruñó Masters—. ¡No me diga que es usted el capitán de este barco!

—Sólo soy una pasajera de privilegio —rió la muchacha.

—Mi… Realmente, sí, enseguida se ve que usted es de lujo. ¿Y qué demonios hace una muñeca de lujo en un barco de carga?

—Ahorrarse un pasaje en un barco de lujo —volvió a reír la negrita —. Dígame, señor Masters: ¿para qué buscaba usted a Sam Bolters?

—Supuse que si llegaba empleado en un carguero conseguiría colocarme en él. Estoy sin trabajo, y se me está terminando el dinero.

—Entiendo… ¿Es usted marino?

—Puedo ser marino… entre otras cosas.

La negra sonrió suavemente. Sus hermosos ojos recorrían el cuerpo de John Masters constantemente, reparando en la bien musculada anatomía.

—¿Qué otras cosas? —susurró.

—Si se las cuento, se va a desmayar —sonrió Masters.

—Oh, no me gustaría eso… Me horroriza desmayarme, perder el mundo de vista… Es como morir temporalmente, ¿no cree? A propósito: ¿cómo se siente? ¿Le duele la cabeza?

—Me parece que no, pero lo sabría seguro si pudiese ponerme en pie.

—Pronto vendrán a soltarlo. Están terminando de cargar. Zarparemos cuanto antes… ¿Aceptaría un empleo en el South Cape?

—Bueno, si no me equivoco esta vez, el South Cape es este barco, ¿verdad? Dígame qué clase de empleo.

—Digamos que me gustaría… tenerlo cerca de mí. Es usted un hombre… No. Iba a decir muy guapo, pero no es eso, no. Es… viril.

—Supongo que eso le pasa a todos los hombres —sonrió John.

—Desde luego que no —susurró la negrita; acercó la mano a la frente de Masters—. Tiene un feo chichón aquí.

—Ya se pasará.

La negra tocó con un dedito el chichón. Luego, deslizó el dedito por la sien de Masters, por la mejilla, por los labios, la barbilla, el

cuello… Eagle la miraba fijamente. Ella le miró, de pronto, a los ojos, se inclinó, y puso su roja boca en la de él. John Masters notó la entrada del caliente suspiro de la muchacha. Mientras duró el sofocante beso, la negra deslizó una mano hacia el pecho de Masters, y estuvo acariciando sus duros pectorales por encima del vello, suavemente. Apartó su boca de la de John, y miró fijamente los ojos de éste, que masculló:

—No soy precisamente de piedra, ¿sabe? Así que me está usted complicando la vida… ¿Qué hace…?

La negrita se irguió, y se quitó rápidamente la ropa.

Su cuerpo era tan espléndido que Eagle se quedó realmente sin habla. Era como seda negra… Ella se acercó al prisionero, musitando:

—Bésame…

—Creo que deberías soltarme, y así…

—No… ¡Quiero que sea así! Tú eres excitante… ¡Todo es más excitante así!

La negra estaba ya sobre él. Luego, ella volvió a besar a Masters en la boca, gimiendo cada vez más profundamente, en busca de la posición definitiva para su cuerpo. Cuando la encontró, se relajó, dejándose caer con todo su peso.

* * *

—Ha sido magnífico —suspiró la negra, pasándose las manos por los senos—. ¡Magnífico! Hacía mucho tiempo que no disfrutaba así.

—Me alegro por ti —refunfuñó Masters—, pero yo no he estado muy cómodo, precisamente.

—¡Ha sido como un juego! —rió la negrita—. ¡Me ha gustado tanto que tendré que repetirlo!

Masters iba a decir algo cuando sonó la llamada a la puerta del camarote. La negrita dejó de mordisquearlo, y saltó de encima de él, quedando junto a la litera. Se vistió rápidamente, y fue a abrir. El hombre de la pistola y otro más entraron en el camarote. Vieron cómo estaba John Masters, se impresionaron un instante, y luego sonrieron secamente.

—Estamos listos para zarpar dentro de pocos minutos, señorita Oba. Sería conveniente que desembarcara usted ya.

—Sí, lo haré enseguida. ¿Alguna dificultad más?

—No, no. Todo en orden. ¿Qué me dice de este tipo?

—Pues que aparte de ser muy hermoso y… robusto —rió la muchacha—, seguramente nos ha dicho la verdad. Pero no vamos a confiarnos, ni a correr ninguna clase de riesgos, así que cuándo estén en alta mar, lo matan y lo tiran al fondo, lastrado con cualquier cosa.

Parece que nadie lo buscará.

—Muy bien, señorita Oba. ¿Algo más?

—No, nada más. Nos veremos en Dakar, Kinley.

—Tardaremos no menos de tres días; recuerde. Eso, yendo todo bien.

—No se preocupe. Ni cometa tonterías por llegar antes. A fin de cuentas, el cargamento que interesa ya va por delante. Y tenga bien presente que si hay alguna intervención del contraespionaje británico usted tiene que darles las máximas facilidades.

—No hay problema —rió Kinley—. ¡De todos modos ya no encontrarán nada en el South Cape! Y no creo que sean tan listos como para buscar las armas en el Virgen del Carmen.

La bellísima señorita Oba asintió, se volvió a mirar a John Masters, y le hizo un gracioso saludo de despedida con los deditos.

—Adiós, gigante —sonrió—. Ha sido de verdad un placer conocerte. Espero que tú también hayas disfrutado, porque la vida ya no va a ofrecerte nada más.

John Masters no contestó. Sabía que estaba un poco pálido, y todavía sentía en el cuerpo el escalofrío, que había provocado las palabras de la negra al condenarle a muerte con tanta indiferencia. Ella había gozado con él esperando el momento de desembarcar, ya de noche, eso era todo.

—Se ha quedado mudo —rió Kinley.

—De placer —rió también la señorita Oba.

Salieron del camarote los dos hombres y la negrita. Masters oyó el sonido del cerrojo de la puerta al ser accionado por la llave. Quedó solo, sumido en un silencio, roto sólo por el trepidar de las máquinas del South Cape, que se preparaba para zarpar. En poco más de una hora, mientras la negra gozaba con él, todo había quedado preparado a bordo: el South Cape zarparía rumbo a Dakar… pero John Eagle Masters no parecía que fuese a llegar a ese puerto.

Dejó de mirar la puerta para dirigir la sombría mirada hacia los fuertes cordeles que sujetaban sus muñecas a los soportes de la litera que unía la inferior con la superior. El problema estaba precisamente en que eran cordeles finos, que podían hundirse con facilidad en la carne, cortándola. No, no era un problema de fuerza muscular, sino de resistencia de la piel, de la carne. ¿O el problema era doble?

El barco trepidó un poco más. John Masters quedó inmóvil, expectante… Estaban zarpando. La bellísima y elegante señorita Oba ya debía haber desembarcado. En cuanto a él, dentro de poco iban a matarlo y arrojarlo al mar.

Eagle dejó los ojos fijos en la litera de encima, como hipnotizado; las oscuras pupilas parecieron petrificarse; el vientre se llenó de aire,

que fue inspirando muy, muy lentamente. Luego, comenzó a expelerlo, también muy, muy despacio, acompañado de un profundo sonido extraño que brotaba directamente del abdomen:

—UUWUU…

John Masters parecía una estatua. Sólo su brazo derecho se movía, tirando de los cordeles, queriendo acercar la mano al pecho desnudo. Los cordeles se tensaron, se hundieron en la piel, la cortaron… La sangre brotó, deslizándose por el antebrazo, hacia el codo. Masters seguía con la mirada como petrificada, su brazo continuaba tirando, tirando, tirando; los cordeles se iban tensando parecían ya finos hilos de acero…

¡Chak!, crujieron suavemente al romperse. La mano de Eagle fue a golpear fuertemente en su pecho. Eagle respingó, dejando de emitir el Kiai de máxima concentración de sus energías. Su mirada, ya normal, fue hacia la mano sangrante. Ahora sí: ahora sí le dolía. Giró, y con dedos cada vez más entumecidos y doloridos, procedió a desatar los nudos de los cordeles que sujetaban su mano izquierda. El sudor brotaba ahora en abundancia en su rostro y cuello, y la sangre goteaba sobre la litera desde su codo.

Consiguió desatar la mano izquierda, se dobló hacia delante, y comenzó a desatar el pie izquierdo. Luego, el derecho. Saltó de la litera, y quedó tambaleante. El dolor en la muñeca derecha era tal que le producía calambres y frío en todo el cuerpo. La sangre goteaba, ahora, sobre el piso del camarote. Se quitó la camisa que la negra había desabotonado, y la convirtió rápidamente en tiras, con las qué se vendó la muñeca, ayudándose con los dientes. A cada presión de la improvisada venda una terrible oleada de dolor irradiaba desde los profundos cortes a todo el cuerpo; era como corrientes de fuego, de dolor terrible. Pero se sentía satisfecho: nunca hasta entonces había tenido que recurrir a toda la potencia de su saika tanden, y si alguna duda había tenido respecto a que el hombre tiene una energía sin límites en su abdomen, tal duda ya jamás existiría en su mente. Una vez más, como en tantas otras cosas, Sensei había tenido razón al decir que si la mente sabe gobernar el cuerpo, éste tiene una energía capaz de todo. Él había controlado su mente, le había ordenado el olvido del dolor, y al mismo tiempo, había efectuado el tanden saika no chikara… y una vez más, las enseñanzas de Sensei habían fructificado.

Terminado el vendaje, se puso bien los pantalones, y se acercó a la puerta. Durante unos segundos, estuvo escuchando a través de la madera. No parecía que hubiese nadie al otro lado, ni siquiera cerca de allí. Todos debían estar ocupados con la maniobra de desatraque, y seguramente no acudirían a por él hasta que estuviesen lejos de Tánger.

Retrocedió un par de pasos, fijó la mirada en la puerta, alzó la

pierna derecha, la flexionó, giró hasta quedar de costado, y disparó la pierna, que silbó brevemente en el aire antes de impactar en la puerta, con tal fuerza, que el pie se hundió parcialmente entre las astillas. Lo retiró, volvió a flexionar la pierna, y disparó otro mawashi hittsui, ahora un poco más arriba. La puerta estalló violentamente en un tremendo boquete por el que salieron disparadas las astillas hacia el pasillo. Dos patadas más, y, prácticamente, quedó toda ella convertida en astillas y arrancada de los goznes.

Pasó cuidadosamente por el boquete, saliendo al pasillo, en el que no había nadie. Ahora oía con más claridad el zumbido de las máquinas… Resignado a tropezarse con el hombre de la pistola, y con el poco agradable pensamiento de que debían haber más, armados del mismo modo, Masters se deslizó por el pasillo, hacia la escalerilla que conducía a la cubierta.

Pero se detuvo, de pronto. ¿Por qué subir a la cubierta, con el inevitable riesgo de enfrentarse a varios hombres? Podía entrar en uno de los compartimentos, y saltar al mar por la portilla circular, si es que ésta era lo bastante grande.

Con esta idea, abrió la primera puerta que encontró en el pasillo, dio un paso hacia dentro, respingó, y retrocedió Vivamente, cerrando ante él, todavía con la imagen de tres hombres en sus pupilas. A través de la cerrada puerta, oyó la exclamación de los hombres. Echó a correr hacia la escalerilla metálica, y se lanzó por ella hacia arriba a toda velocidad, en verdad casi volando.

Apareció en cubierta, como disparado desde el interior, del barco… y casi chocó de cara con dos hombres que estaban conversando allí mismo… En un instante, reconoció a uno de ellos: era el de la pistola. Los dos hombres lanzaron un grito de sorpresa, y el de la pistola llevó la mano a un bolsillo, rápidamente.

El ferocísimo directo, el escalofriante tsuki de Masters, le alcanzó en el centro de la cara, justo sobre la nariz, que crujió y se hundió en el rostro, produciendo tal repercusión en éste que la base del cráneo del hombre se partió instantáneamente, ocasionándole la muerte fulminante.

Y todavía estaba Kinley volando hacia atrás, muerto, cuando Masters giró, dando la espalda al otro hombre, y disparando ahora el codo derecho hacia atrás, en impecable *ushiru ude ate*, apoyado por toda la fuerza del Kiai:

—¡YIIIIAAAA!

El codo impacto en el pecho del hombre, que lanzó un bramido de dolor y cayó de espaldas, con cuatro costillas hundidas, partidas como si hubieran sido simples palillos.

Se oían voces en otras partes del barco, gritos, advertencias… En la

negra noche, la iluminación de Tánger atrajo la atención de Masters, hacia estribor. Pero no corrió hacia allí, hacia la zona más iluminada, sino hacia babor. No le interesaba en absoluto la zona iluminada.

—¡Ahí! —oyó—. ¡Ahí está…!

Tres hombres aparecieron corriendo, interponiéndose en su carrera hacia la borda de babor. Una pistola brilló en la mano de uno de ellos.

—¡YIIHAAAA…! —saltó John Eagle Masters.

Hubo un triple respingo de espanto, un frenado en seco de los tres hombres. El águila llegó volando, y cuando el de la pistola estaba a punto de disparar, lanzó su pie derecho. ¡Chak!, resonó el impacto del pie en el hombro derecho del hombre. Este lanzó un aullido, soltó la pistola, y rodó varias veces por la cubierta, sin dejar de aullar, mientras Masters caía más allá, tras haber pasado por encima de los tres. Los otros dos se abalanzaron contra él, alzando uno una barra de hierro y el otro empuñando un cuchillo.

¡Bsss!, silbó la barra de hierro, en busca del cuerpo de Masters. Pero el cuerpo desapareció de la trayectoria de la barra de hierro, que golpeó en la cubierta, con tal fuerza, que escapó de los dedos del hombre con dolorosa vibración… Pero aún fue más doloroso el golpe que recibió en el estómago, que lo dejó sin respiración, doblado sobre sí mismo mientras caía hacia delante, desencajado el rostro, con los ojos casi fuera de las órbitas.

El otro lanzó una cuchillada al vientre de John, de abajo arriba. Una cuchillada de experto, terrible… Pero la parada también fue de experto: con las muñecas cruzadas ante su vientre, Masters paró el golpe, empujando hacia abajo, asió rápidamente la muñeca del hombre, la giró sujetándote fuertemente, se colocó el codo del hombre bajo la axila derecha, y se dejó caer sentado en cubierta.

El grito del hombre fue escalofriante cuando el *waki gatame* de judo le arrastró hacia abajo, haciendo astillas su brazo, perforada la carne en dos sitios por el hueso roto. Simplemente, el hombre se desmayó.

Para entonces, Masters estaba de nuevo en pie, y corría de nuevo hacia la borda… junto a la cual aparecían dos hombres más…

—¡YHIIAAAA…! —resonó el Kiai de John Masters, de nuevo.

El cuerpo del budoka se elevó en prodigioso salto, pasó por encima de los dos hombres, que se volvieron y contemplaron boquiabiertos la trayectoria del águila… hasta que lo perdieron de vista en dirección al mar. Corrieron hacia la borda, apuntaron con sus pistolas hacia el punto donde brillaba la blanca espuma, y comenzaron a disparar. El de las costillas rotas, llegó, dando trompicones junto a ellos, empuñando la pistola de Kinley.

—Hay que echar un bote al agua —jadeó—. ¡Tenemos que bajar

para asegurarnos de que no escapa con vida!

El bote fue echado al mar; cargado con varios hombres armados.

Quince minutos más tarde, aquellos hombres se disponían a dar alcance al South Cape, que les esperaba fuera del puerto. Del mal, el menos: el sujeto volador no había regresado a la superficie.

Capítulo V

EL hombre que estaba sentado ante la radio, con los auriculares colocados, asintió, como si su interlocutor pudiera verlo.

—Sí, señor —dijo—. Entendido, señor; nos ocuparemos de eso inmediatamente.

—No, no, señor. Documentación no tiene. Se la quedó la negra a la que llamaban señorita Oba. Por fortuna, había dejado la radio en el cuarto de la pensión donde se instaló al llegar, así que pudo llamarnos, y pasamos a recogerlo en un coche. Estaba empapado… No debió ser divertido ir por Tánger de esa forma.

—*All right*, nos cuidamos de todo. ¿Algo más?

No había nada más que hablar. El hombre cortó la comunicación, se quitó los auriculares, y abandonó el pequeño cuarto donde estaba instalada la radio, trasladándose a la sala donde John Masters, ya con ropa seca, esperaba, en compañía de otros dos hombres.

—Bueno, señor Eagle —sonrió el agente británico—: sus… exigencias han sido aceptadas. No molestaremos al South Cape, para que sigan creyendo que usted murió y que están a salvo.

—Estupendo —gruñó Masters—. ¿Y mi viaje a Dakar?

—Puesto que no tiene documentación, no puede viajar por líneas regulares, de modo que nosotros nos ocuparemos del asunto. Podemos conseguir una avioneta en un par de horas, y llevarlo a usted a Senegal, cerca de Dakar, naturalmente. Pero no nos gustaría aterrizar allí, por si acaso. ¿Sabe saltar en paracaídas?

—Mejor que usted: fui instructor de comandos.

—Vaya —sonrió secamente el agente secreto—. Un tipo de lo más completo, ¿eh? Bien, ¿cómo va esa mano? ¿Duele menos?

—Sí, gracias —alzó Masters la muñeca, expertamente vendada, ahora—. Estaré bien muy pronto: tengo carne de perro. Quiero decir que mis heridas curan rápidamente.

—Ah. Bueno, vamos a ver… Son las… once y media. Si conseguimos la avioneta para la una de la madrugada, podríamos llegar cerca de Dakar dentro de nueve o diez horas… es decir, hacia las diez o las once de la mañana. No interesa. Lo que interesa es llegar de noche, para que nadie le vea descender en paracaídas. Así pues, lo interesante sería salir de Tánger, pongamos hacia las dos o las tres de la tarde, para que llegásemos a Dakar entre las once y las doce de la noche. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—Conseguiremos un paracaídas negro —el espía británico se sentó ante Masters—. Señor Eagle, espero que se dé cuenta de que esto se ha complicado mucho: las armas no están en el South Cape, y el yate Mylove continúa sin aparecer… lo que significa que hemos dejado de tener las armas bajo control, definitivamente. ¿En verdad cree usted prudente continuar volando solo? Si nosotros tomásemos por asalto el South Cape, cosa que podemos hacer muy fácilmente, podríamos conseguir que esa gente, claro está que a las malas, nos dijera…

—Yo insisto en que eso sí sería complicar las cosas. Ellos saben que las armas no están allí, pero… ¿saben dónde están?

—Quizá lo sepan —gruñó el espía.

—Y quizá no. En cambio, yo creo que la negrita de mis amores sí tiene que saberlo. Déjeme que sea yo quien siga en el juego. Sé que la encontraré en Dakar… si el South Cape llega allí sin novedad.

Los tres agentes británicos cambiaron una mirada. No les estaba gustando mucho su trabajo de apoyo… sobre todo por que, por poco que pensasen en ello, se daban cuenta de que, en realidad, Eagle no les necesitaba realmente. Había escapado del barco, había llegado a la pensión, donde tenía ropas y más dinero… ¿En verdad había de tener muchas dificultades aquel águila para llegar a Dakar aunque el Servicio Secreto británico no le apoyase?

—De acuerdo —se resignó el espía—. Será mejor que se dedique a descansar. No puede hacer otra cosa hasta las dos de la tarde… Casi quince horas de descanso. No está mal, ¿eh?

—No, no está mal. Es tiempo perdido, pero de todos modos, sé que llegaré a Dakar antes que el South Cape. Es suficiente.

* * *

—¿Crees saber ya suficiente? —preguntó el Maestro.

—No, Maestro —enrojeció Eagle Masters—. No soy tan vanidoso. Sé que nadie sabe nunca lo suficiente.

—Entonces… ¿por qué quieres marcharte de Tokio?

John Eagle Masters inclinó la cabeza. Estaba sentado, en posición zazen ante su Sensei, el viejo Maestro Inomura, que se hallaba en idéntica postura, ambos en el porche interior de la casa del anciano, en la parte del privadísimo jardín del bucólico ryokan, donde el Maestro se dedicaba a sus meditaciones, en paz consigo mismo. Había un riachuelo de aguas de cristal, que formaba un pequeño estanque sobre el cual cruzaba un puentecillo de madera que parecía un dibujo. Habían flores, bambúes, pinos. Había una paz inaudita, adornada con el canto de diminutos pajarillos. A lo lejos, se distinguía la

inconfundible silueta del Fujiyama, nevado. Hacía frío, pero Eagle no lo sentía. Ni parecía sentirlo el Maestro, qué solo llevaba su negro kimono. Era como si sus viejas carnes resecas, quemadas por el sol, pudiesen resistirlo, todo. En su arrugado rostro que parecía de barro cocido, los ojos negrísimos destacaban como pequeños puntos de luz rodeados de la blancura de sus cabellos.

—Creo que debo hacerlo —murmuró, por fin, Eagle.

—Eres un buen discípulo. Lamentaré tu marcha, John Eagle, pero no me opondré a ella. Sólo deseó que no te vayas defraudado por mis enseñanzas y mis consejos.

—¡Claro que no es por eso! —exclamó Eagle—. En estos años, he alcanzado el Cuarto Dan de karate, Segundo de Kendo, Segundo de Judo, Primero de Aikido… y he aprendido otras muchas cosas. Muchísimas: Me voy con un bagaje muy superior al que traía cuando llegué… y todo se lo debo a usted, Sensei.

—Agradezco tus palabras. En cuanto a mí, me cabe la satisfacción de haber contribuido a la formación de un auténtico budoka. No olvides nunca el DO, Eagle.

—No lo olvidaré nunca. Usted me ha enseñado el Camino, y yo lo seguiré siempre, esté donde esté y haga lo que haga.

—Bien. Si te necesito alguna vez… ¿podré contar contigo?

—Siempre, Sensei.

El anciano sonrió, y de bajo su kimono sacó una cartulina, que entregó a Eagle. Este la tomó y vio el dibujo: una estrella negra de seis puntas, en el centro, como si la estrella fuese un rostro, donde habían dos orificios en blanco que figuraban unos ojos de extremos alzados en terrible gesto de furia; la boca era una raya curva, con los extremos hacia abajo, en claro gesto hosco, hostil, incluso amargo. Eagle sabía perfectamente lo que era aquello: el emblema de la Kuro Arashi, la organización que había creado el Maestro para combatir el mal en cualquiera de sus manifestaciones y en cualquier parte del mundo. La organización "Negra Tempestad", formada, por budokas de la más estricta moralidad y la más alta calidad en las Artes Marciales. Cuando algo no gustaba a Sensei, enviaba a sus discípulos budokas a poner orden…

—¿Sabes lo que es? —Preguntó Inomura.

—Sí, Sensei.

—Entonces, si alguna vez alguien portando este emblema te pide algo, te ruego que lo atiendas. Sea quien sea.

—Sensei, ¿me considera digno de pertenecer a Negra Tempestad?

—Hasta ahora —sonrió el Maestro— yo siempre he sabido elegir a mis budokas.

—Sí… Bueno, pero quizá usted ignore que por mi culpa…

—Casi nunca ignoro nada de mis discípulos —susurró Sensei—. ¿Te refieres a lo de Yasuko y Shingo?

—Sí… Sí, Sensei.

—Me parece que eres tú, entonces, quien ignoras lo ocurrido.

—¿Yo? ¿Qué ha ocurrido que yo no sepa?

—Yasuko ha abandonado voluntariamente la vida.

Eagle Masters palideció intensamente,

—¿Se ha suicidado? —exclamó.

—Así es. Por el método tradicional.

—Dios… Dios mío…

Eagle estaba alucinado. ¡Suicidado la bella Yasuko! ¡Y por el método tradicional…! Los hombres que tenían el valor de llevar su honor a tales extremos, se abrían el vientre con el sable. Las mujeres no se suicidaban así, sino que se cortaban una carótida con un cuchillo, y rápidamente morían desangradas. Masters se imaginó a la dulce Yasuko tan, hermosa como la viera la última vez, desnuda, sin vida, caída en el suelo en un charco de sangre…

—Pobre Yasuko —tembló la voz de John Masters—. ¡Y pobre Shingo!

—Él también descansa: en paz. Antes de morir, Yasuko le dijo la verdad respecto a vosotros, de lo ocurrido; le hizo saber a Shingo que no habías sido tú quien la había buscado a ella. Shingo me llamó para contármelo todo, y me hizo saber que él también se iba voluntariamente; no podía soportar, haber golpeado y ofendido a un compañero budoka que no lo merecía.

—Sensei… ¿me está usted diciendo… que Shingo… que Shingo se ha hecho el seppuku?

—Sí. Dijo que no te había valorado como merecías, que no había estado a la altura de mis enseñanzas, y que, por lo tanto, se iba. Envié a dos budokas a su apartamento… y los encontraron a los dos.

—Pero… ¡esto es terrible! ¡Es espantoso!

—Lo es. Sin embargo, tú nada hiciste. Ellos dos lo hicieron todo: ella te atrajo, engañando a su marido; él te ofendió, sin querer escucharte. Todavía ocurren cosas así en Japón, Eagle. Y ciertamente, no es culpa tuya. ¿Todavía quieres marcharte?

—Más que nunca, Sensei. Asistiré al entierro de Yasuko y Shingo, y me iré… Quisiera irme lejos, muy lejos; volar tanto, que alguna vez pudiese olvidar lo ocurrido…

* * *

—Apenas nueve horas —dijo el piloto de la avioneta—. Ha sido un vuelo estupendo, ¿verdad?

John Eagle Masters parpadeó, y sus pensamientos desaparecieron inmediatamente; sus recuerdos se desvanecieron. Alrededor, todo era negrura. Excepto delante de la avioneta, donde se veían tres resplandores de luz que tendían a fundirse en uno solo: Dakar, N'Gor, y la isla de Gorée.

—Sí —musitó—. Ha sido un vuelo estupendo.

—Y todavía habría sido más rápido sí no hubiésemos tenido que repostar. Bien: ¿dispuesto para el salto, señor Eagle?

John Masters asintió, abandonó su asiento junto al piloto, y pasó a la parte de atrás, donde estaba su equipo. Una bolsa de lona con pertenencias personales, que se ató ante el pecho, y un paracaídas negro, que se colocó pausadamente, cuidadosamente. Por las ventanillas se veía ahora el resplandor, más intenso. Aseguró el último atalaje, y se acercó al piloto.

—Cuándo quiera —musitó.

—Le avisaré. Tampoco es interesante que salte a demasiada distancia de Dakar… ¿Seguro que podrá arreglárselas solo?

—Sí.

—All right… ¡Feliz vuelo, señor Eagle!

Masters regresó, colocándose ante la portezuela automática de la avioneta. Cuando él saltase, se cerraría sola, cinco segundos más tarde. Se quedó inmóvil, mirando hacia la silueta del piloto. El zumbido del motor parecía poner bolas de algodón en sus oídos. La iluminación eléctrica de Dakar iba quedando atrás, ahora.

El piloto alzó la mano derecha, estuvo así unos segundos, y de pronto, apareció el pulgar en alto. John Eagle Masters abrió la portezuela, y se lanzó al negro vacío sin la menor vacilación. Sus brazos y piernas se desplegaron, como auténticas alas. La avioneta se alejaba, virando, mientras el águila acudía al encuentro de la negra tierra, allá abajo, silbando el viento en sus oídos, frío el rostro por la fricción del aire. A unos cuatrocientos metros de tierra, tiró de la anilla, y la negra sombrilla de seda se hinchó inmediatamente.

Segundos más tarde, el águila se posaba en tierra, con poderosa flexión de piernas, a unos cinco kilómetros de Dakar.

Faltaban casi cincuenta horas para que el South Cape arribase a Dakar… Tiempo más que suficiente para que el águila afilase sus garras.

* * *

Justo a mediodía, el South Cape llegó a Dakar, dentro del tiempo convenido.

Desde el interior del coche que había alquilado con una cierta

dificultad, debido a carecer de documentación y a su dificultad en expresarse en francés, John Masters se dedicó a mirar hacia el carguero utilizando los pequeños prismáticos que había adquirido. Pero, en el carguero, él lo sabía, había muy poco que ver, así que se dedicó con especial atención a mirar hacia el muelle.

Su paciencia tuvo recompensa, unos veinte minutos más tarde. Bajo la preciosa sombrilla de colores, protegiéndose del terrible sol del mediodía, vio aparecer a la muchacha de raza negra, caminando hacia el borde del muelle. Y sólo con ver el cuerpo comprendió que era la señorita Oba. Debido a la sombra proporcionada por el parasol, tardó unos segundos en poder ver bien su rostro, para convencerse de que no se equivocaba.

Y no. No se equivocaba. Muy pronto pudo distinguir las bellas facciones de la negrita con la que había tenido la escaramuza sexual a bordo del South Cape. Muy elegante, aunque exótica con su vestido blanquísimo y su sombrilla de colores, la negrita llegó ante el barco, y sin vacilar recorrió la pasarela para llegar a bordo. Entonces, Masters la perdió de vista.

Dejó los prismáticos a un lado, puso el coche en marcha, y se acercó más al muelle, de modo que cuando la negrita saliera no tuviera necesidad de utilizar los prismáticos para verla… y para seguirla si, como pensaba, abandonaba el barco no tardando mucho.

Y no tardó mucho. Apenas veinte minutos. Apareció en la borda acompañada del hombre que, días atrás, Masters había fulminado de un patadón entre las ingles, dijo algunas palabras, y regresó a tierra. John Masters clavó en ella la mirada, desentendiéndose del barco y de sus tripulantes: un barco es mucho más fácil de encontrar que una mujer.

Vio a la señorita Oba cerrar la sombrilla, detenerse… Un coche apareció, se abrió la portezuela delantera derecha, y ella entró en el vehículo, que se alejó inmediatamente. Masters partió tras el coche.

Iban hacia el centro de la ciudad. Tan hacia el centro, que el coche se detuvo precisamente en la Place de L'Umion, delante mismo del hotel Teranga, poco menos que fastuoso, impresionante con su tono ocre, sus adornos de arabescos, sus diez pisos con terrazas… La señorita Oba entró en el hotel Teranga.

Masters vaciló unos segundos. Por fin, apretó los labios, se apeó del coche, y fue hacia el hotel, pasando cerca del coche en el que había llegado la negra. Al volante vio a un negro joven, de aspecto saludable, limpísimo, muy elegante con un traje color canela. Tenía las manos sobre el volante; unas manos grandes, fuertes, bien cuidadas. Desvió la mirada cuando el negro movió la cabeza, y continuó caminando hacia el hotel. Entró con cautela en el vestíbulo, pero la señorita Oba no estaba allí. Si el joven negro la esperaba, tenía

que ser porque ella iba a salir pronto, dedujo con toda lógica. ¿Estaba alojada allí y había subido a buscar algo a su habitación?

No. Si necesitaba algo, ya debía haberlo tomado al abandonar antes el hotel. ¿Entonces…?

«Ha venido a ver a alguien que está aquí —dedujo Masters, rápidamente—. Ha venido a decirle a alguien algo relacionado con el South Cape.»

Cruzó el vestíbulo, y se dirigió hacia el interior del hotel, hacia la parte de la playa. Lo primero que vio fue el mar. Luego, la hermosa piscina de aguas azules como el cielo sin una sola nube… Y enseguida, sentada a una mesita en la terraza, a la señorita Oba.

No estaba sola. Un hombre, sentado ante ella, la escuchaba atentamente. Un hombre de unos cuarenta años, de mirada penetrante, cabellos cortos, tiesos, rubios; sus ojos eran claros como el agua de la piscina. Vestía pantalones blancos y una camisa floreada, con un pañuelo adornando el cuello. Eagle clasificó muy pronto como peligroso a aquel hombre. Peligroso, duro, frío… incluso cruel. Escuchaba a la negra sin abrir la boca, fijamente, como petrificado. Por fin, asintió con la cabeza, y dijo algo. La señorita Oba se puso en pie, y el hombre hizo lo mismo. Se despidieron con un gesto de cabeza, sin darse la mano.

Masters dio media vuelta, y salió a toda prisa…

Cuando la negrita entró en el coche, él ya estaba en el suyo, esperando. El coche con los dos hermosos negros partió, y Masters lo hizo detrás, conservando la distancia como pudo, malhumorado; aquello sí que debían saber hacerlo, mejor que él, los espías británicos…

Minutos después, rodaban por la espléndida autopista que une Dakar con N'Gor. El sol era radiante, el mar parecía un espejo azul. A los lados de la autopista, altísimas palmeras inmóviles, como si fuesen de plástico, tan bellas y perfectas eran… Habían sólo diez millas entre Dakar y N'Gor, la cercana localidad turística de gran belleza, y fueron cubiertas sosegadamente en un cuarto de hora. Masters, que había concedido una buena distancia al otro coche, aumentó la velocidad, para acercarse, cuando intuyó que iban a abandonar la autopista.

Acertó.

Tomaron por una calzada en buen estado, que se acercaba más a la playa. Apareció lo que le pareció un hermoso jardín de flores de un rojo vivo y más palmeras. Enseguida, el conjunto de un village. El coche con los dos negros penetró en éste. Masters detuvo su coche a la entrada, se apeó, y continuó rápidamente a pie, siempre viendo el coche circulando, ahora, a marcha lentísima, por entre macizos de flores y arbustos.

Finalmente, el coche se detuvo. La señorita Oba y su acompañante se apearon, y fueron hacia una de las cabañas. Un instante más tarde, habían desaparecido en su interior. La puerta fue cerrada.

Sólo entonces miró Eagle a su alrededor. Estaba en el Village Hotel N'Gor, de aspecto paradisíaco. Los alojamientos eran exclusivamente cabañas de blanco estuco, con techado de ramas. Very typical. Unas cabañas eran redondas, otras cuadradas. Todo tenía un ambiente muy indígena. Caminó en dirección a la playa, cerca de la cual había una piscina. En ésta, y en la playa, había gente tomando el sol o nadando. Casi todos eran europeos. Turismo de alto standing. El sol abrasaba; el silencio era formidable.

El budoka dio la vuelta, y regresó hacia la cabaña en la que habían entrado los dos negros hermosos y jóvenes. La puerta estaba cerrada. Tras vacilar unos segundos, rodeó la cabaña, más bien pequeña, encantadora. Llegó ante una ventana de hojas de persiana, y empujó éstas suavemente, con un dedo. Se abrieron un poco. Las abrió más, y atisbo al interior. Vio una diminuta salita con muebles de estilo africano, una alfombra roja de paja... Le llegó el fresco del aire acondicionado. Sí, señor; ambiente lujoso.

Acabó de abrir la ventana, saltó al interior de la cabaña, y ajustó de nuevo las hojas de persiana. De momento, todo fue silencio, pero a los pocos segundos comenzó a oír los jadeos, las fuertes respiraciones, que llegaban desde el otro lado de una cortina de cuerdas de nudos.

Se acercó, apartó la cortina unos centímetros, y atisbo al otro lado.

Una seca sonrisa apareció en sus labios. Allí estaban los negros... dedicados al acto que, salvo previsiones en contra, podía contribuir al aumento de la población africana. Se acercó sin hacer el menor ruido. La señorita Oba tenía las manos en la espalda del negro, y sus bonitos dedos se clavaban en la musculosa y reluciente carne.

Masters se colocó a un lado de la cama, en la parte donde aparecía la cabeza de la negra.

—Es usted insaciable, señorita Oba —dijo.

El respingo fue por partida doble. El negro dio tal salto que casi cayó de la cama, quedando en el borde, vuelto de cara a John Masters, de lado. La negra quedó petrificada, mirando con ojos desorbitados al inesperado visitante.

—Puedo esperar —sonrió como lo haría un tigre, Masters—; no tengo prisa.

La negra se sentó vivamente en la cama, lanzando un grito, quizá unas palabras que Masters no podía entender. El negro gruñó algo, saltó del lecho, y se precipitó hacia sus ropas, de entre las que retiró rápidamente un objeto. Se oyó un chasquido, y una hoja de acero apareció reluciente en la agradable penumbra.

—¿No podríamos conversar, sencillamente? —refunfuñó John.

La negra volvió a hablar, y el negro rodeó la cama y se abalanzó contra John Masters, con la navaja por delante. Habían cosas que el negro ignoraba: seguro que no tenía ni idea de lo que era el taisabaki. Se enteró entonces, cuando John se apartó tranquilamente hacia un lado, dejándolo pasar, con elegante gesto. El negro llegó hasta la pared, contra la que rebotó. Se revolvió como una fiera, y volvió a la carga, barbotando algo y lanzando un navajazo. Masters lo desvió con el antebrazo derecho, y con la mano izquierda aplicó una simple y sencillísima bofetada en una mejilla del negro.

Simple y sencilla en cuanto a su ejecución, pero terrible en cuanto a los resultados: fue un tortazo tremendo, que tiró al negro sobre la cama, en la que rebotó graciosamente y fue a caer al suelo…

—No hagas que me enfade, muchacho —dijo, amablemente, John —. Acepta la conversación, te lo aconsejo.

El negro no parecía dispuesto a conversaciones. Se puso en pie, y, ahora con más precauciones, comenzó a acercarse de nuevo a John Masters… Este, como distraído, vio a un lado la graciosa sombrilla de la señorita Oba. La empuñó por el mango con ambas manos, y la colocó ante su pecho, vertical. No era una katana, ciertamente; ni siquiera un shinai, o sable de bambú para los entrenamientos de Kendo, pero con aquella simple sombrilla, el budoka era capaz de realizar mil filigranas pasmosas.

Desdeñando la sombrilla, el negro reanudó sus ataques…

—¡Mem! —avisó Masters el golpe a la cabeza, muy correcto.

La sombrilla impactó, en efecto, en la cabeza del negro, sobre la frente. No fue un golpe resolutivo, ni mucho menos, pero desconcertó al negro… La sombrilla se alzó de nuevo, mientras Masters se desplazaba con sin igual elegancia hacia un lado, aplicando otro golpe, ahora a la muñeca del negro. La navaja saltó por el aire. El negro quiso recuperarla, pero la sombrilla, siempre manejada como una katana, fue a su encuentro, con veloz giro, acertándole ahora en un ojo, por fortuna para él en sentido horizontal. El negro lanzó un grito de dolor, se revolvió… La sombrilla le golpeó en la frente, en un costado, en el cuello, de nuevo en la frente, otra vez en el cuello. El negro alzó los brazos para protegerse de aquella lluvia de golpes que le mantenían absolutamente controlado.

En realidad, el budoka estaba jugando con él, no se lo tomaba en serio, y el negro, lo comprendió. Ciego de furia, perdido por completo el control de sus nervios, cargó de nuevo contra Masters, y éste, comprendiendo que el golpe de sombrilla no serviría esta vez, la tiró sobre la cama, se colocó de lado, y disparó un yoko geri con la pierna derecha, que ascendió silbando, describiendo un semicírculo hacia la cabeza del negro. Se oyó un chasquido cuando el pie de Masters

golpeó en la sien izquierda del negro, que resolló y saltó de lado, golpeándose con la otra sien en el borde de un simpático asiento de bambú.

Por un instante, pareció quedar adherido allí. Luego, rodó por el suelo, y quedó de cara al techo, inmóvil, con los ojos muy abiertos. Masters se quedó mirándolo incrédulamente. Luego, se acuclilló junto a él, y colocó dos dedos en un lado del cuello del negro. Miró a la señorita Oba.

—Mi más sentido pésame —murmuró.

Capítulo VI

LA señorita Oba desvió, por fin, la mirada del cadáver de su amigo. Sus hermosos ojos quedaron fijos en Masters, lanzando llamaradas de odio.

—Lo pagarás —jadeó—, ¡Pagarás esto, gigante!

—Si vamos a hablar de facturas, yo también tengo una para ti, preciosa. Me condenaste a muerte, ¿recuerdas?

—Te mataré… ¡Cerdo!

Masters movió la cabeza, agarró el taburete de bambú; y lo colocó junto a la cama, sentándose, siempre mirando a la negra.

—¿Dónde está Emily Dougall? —preguntó.

Un resplandor de alarma pareció estallar en los ojos de, la señorita Oba.

—¿Qué…? —jadeó.

—Y todavía tengo más preguntas… ¿Dónde está el Mylove? ¿Dónde están las armas? ¿Qué pretendéis hacer con ellas? ¿Qué es el Virgen del Carmen y adonde se dirige?

Los ojos de la negra parecían a punto de saltar de las órbitas. Su mirada se desvió, de pronto, hacia la sombrilla, muy cerca de ella sobre la cama. Inclinó el torso para alcanzarla. Masters captó el sugestivo movimiento de los senos de seda negra, sonrió, y miró la sombrilla, ya en manos de la señorita Oba.

—Vamos, no seas absurda —aconsejó—: para hacer lo que he hecho yo con esa sombrilla necesitarías años de práctica…, y de comprensión de algunas cosas que mucho me temo están fuera de tu mentalidad. Se razonable, bella pantera.

—¿Quién eres tú? —musitó la negra.

—Para ti, un ser de otro planeta. Otra pregunta: ¿quién es el hombre con el que estuviste hablando en el hotel Teranga?

—No te diré nada.

—Me sentiría humillado si tuviese que emplear contigo procedimientos especiales —refunfuñó Masters—. Ese no es mi estilo, pero si te empeñas, lo haré. Puedo golpearte hasta hacerte papilla, o puedo atarte a la cama, como hicisteis conmigo… ¿Te gustaría que te atase a la cama y te sacudiera… con la sombrilla? Es que yo no quisiera ensuciarme, ¿comprendes?

—Ojo por ojo, ¿eh? —sonrió la negra.

—Ya te digo que ése no es mi estrío —negó Masters—, pero no me

iré de aquí sin conocer las respuestas a todas mis preguntas. Elige tú cómo debo tratarte, pantera. A propósito, sé que te llamas Oba… ¿Es tu nombre, o tu apellido, o un apodo…?

—Mi nombre es Nika Oba.

—Enchanté, como dirían en este simpático país francófono. Pero si no te importa, Nika Oba, prefiero que sigamos hablando en buen inglés, como hasta ahora. Conoces a Emily Dougall, ¿verdad?

—Sí —sonrió de un modo extraño Nika Oba.

—Muy bien. ¿Dónde está?

—Déjame vestirme, al menos.

—Está bien, vístete.

Nika Oba se movió hacia el borde de la cama, en dirección a Masters, siempre sosteniendo la sombrilla. De pronto, cuando estaba sentada en el borde, abrió la sombrilla… Se oyó un chasquido, y un estilete dorado, de unos treinta centímetros de longitud, apareció, destellando, por la contera de la sombrilla.

—¡Muere, cerdo…!

Eagle tuvo el tiempo justo de apartarse, lanzando un respingo de sobresalto. El afiladísimo estilete de oro pasó rozando su rostro mientras caía hacia atrás, para rodar por el suelo. Nika Oba se puso en pie, y sosteniendo ante ella la abierta sombrilla, se lanzó contra Masters, barbotando cosas ininteligibles. Masters rodó por el suelo, y la punta del estilete rebotó en éste. Descompuesto el rostro por la furia, Nika Oba se revolvió, y se lanzó de nuevo a la carga. Todavía en el suelo, Masters disparó su pie izquierdo, que acertó en una rodilla a la negra. Esta lanzó un grito, tiró la sombrilla hacia arriba y atrás, y cayó de bruces ante Eagle. Este se puso en pie rápidamente; asiéndola por su exótico cabello, tiró hacia arriba, y luego la derribó de un empujón sobre la cama.

Nika Oba ni siquiera le dio tiempo a decir nada. Gritando de furia, saltó de nuevo contra él, blandiendo sus largas uñas, lanzándose a un enloquecido cuerpo a cuerpo. Masters se limitó a apartarla con un suave shuto uke de parada. Fue como si Nika Oba resbalase sobre una pared: desvió su enfurecida marcha, tropezó con el taburete, y cayó de nuevo de bruces…

En una visión fugaz, vio el estilete de oro, que acudía reluciente hacia su cuerpo, debido a la posición en que había quedado la sombrilla al caer. Abrió la boca para gritar, y sus manos fueron velozmente hacia una posición de protección.

No llegó a tiempo.

Cayó de cara sobre el estilete, y aplastó con su hermoso pecho la sombrilla. Luego, quedó inmóvil.

Demudado el rostro, John Masters estuvo unos segundos

contemplando la ensangrentada punta del estilete, que, atravesando la garganta de la negrita, salía por la nuca. El budoka se pasó las manos por la cara, que notó fría, helada. Puso bien el taburete, y se sentó.

—Por Dios… —murmuró.

Ahora el silencio era total. Una lejana risa llegó, de pronto, hasta allí, procedente de la cercana piscina. Eagle volvió a pasarse las manos por la cara. Luego, se puso en pie, y se dedicó a registrar las ropas y pertenencias del negro y de Nika Oba. Las pertenencias del negro no le indicaron nada. Las de Nika Oba le sirvieron para obtener la dirección de su domicilio oficial, en la isla de Goree. Al parecer, ella estaba en el Village N'Gor sólo circunstancialmente. Lo dejó de nuevo todo en las ropas, y volvió a sentarse en el taburete, contemplando el trágico cuadro. ¿Qué pensaría la policía senegalesa cuando encontrasen los dos cadáveres? Seguramente, harían conjeturas respecto a un posible altercado entre ambos negros. ¿Debía él presentarse para explicar lo sucedido?

Absurdo. Estaba en juego la vida de Emily, y, además, una buena cantidad de armas podían llegar a su destino, a fin de ser utilizadas para producir muchas más muertes…

La imagen del hombre del hotel Teranga apareció, de pronto, en la mente de Masters. Instintivamente, relacionaba a aquel hombre con las armas, pero… ¿por qué? La respuesta estaba revoloteando, cada vez más cerca de la consciencia de Eagle Masters. Y, de pronto, la tuvo; aquel hombre era un mercenario. Un mercenario al servicio de Nika Oba, la cual había ido a darle instrucciones, o a decirle que las armas habían llegado, o dónde estaban…

John Masters se puso en pie, dirigiendo una última mirada al bello cadáver desnudo de la negrita. Si él hubiese sido un hombre corriente, sin duda que estaría muerto; o el negro o la negra le habrían matado. ¿Debía sentirse culpable por ser fuerte, por saber conservar su vida?

Movió la cabeza, y se dirigió hacia la puerta de la cabaña. No, no se sentía culpable de nada, pero en aquellos momentos, de buena gana se habría tomado un whisky doble…

* * *

Nick Shivers bebió otro sorbo de aperitivo, dejó el vaso sobre la mesita, y, tras mirar hacia algunas preciosas Chicas que revoloteaban en bikini en torno a la piscina, miró de nuevo, fríamente, al hombre que tenía ante él.

—¿Y ella dónde está? —preguntó.

John Masters encogió los hombros.

—Se fue en el coche con el negro, que fue quien anoche me dijo

que estuviera por aquí, que quizá tendría algo para mí. Los vi llegar en un coche, ella entró aquí, y cuando salió estuvo hablando con el negro en el coche, unos minutos. Luego, el negro me llamó, me dijo que me iban a emplear, y que viniera aquí y preguntase por el señor Shivers, para ponerme a sus órdenes.

La mentira estaba lanzada. En realidad, Masters había preguntado a un camarero del hotel cómo se llamaba el hombre de los ojos claros que tomaba el aperitivo junto a la piscina. Respuesta: Nick Shivers. Sabiendo ya el nombre del supuesto mercenario, John preparó el resto del cuento… que no parecía complacer mucho a Shivers.

—Ella no me dijo nada de esto —gruñó.

—Quizá sólo lo sabía el negro —encogió los hombros, John.

—Bien… Británico, ¿eh?

—Sí. Y usted es americano.

—A los dos se nos nota —sonrió, de pronto, Shivers—. Bueno, ¿qué sabe usted hacer?

El budoka entornó los párpados, y sonrió secamente.

—Cualquier cosa que esté bien pagada —replicó.

—Ya. Usted ha tardado mucho en entrar aquí desde que los negros se fueron, Masters.

—Nunca me precipito. He dado unas vueltas de inspección…

—¿Y qué ha visto que le parezca interesante?

—Pues, por ejemplo, dos hombres sentados a una mesa no muy lejos de ésta, que ahora nos están mirando… y que yo diría que son amigos de usted. Pienso que pueden ser sus guardaespaldas, o algo así.

—Es usted buen observador. Y le diré una cosa: me ha encontrado aquí de milagro. Estaba a punto de marcharme.

—Le habría hablado antes, en ese caso. Oiga; ¿qué es él Virgen del Carmen?

Los ojos de Nick Shivers parecieron congelarse.

—¿De dónde ha sacado ese nombre? —susurró.

—Lo mencionaron ellos… No sé si fue la negra o el negro. Dijeron algo parecido a que yo podría ser útil en Virgen del Carmen. ¿Qué lugar es ése? ¿Vamos a ir allá?

—Todavía no le he aceptado.

Masters se sorprendió.

—Ah, bien…

—Pero lo acepto añora —sonrió, de pronto, Shivers—. Usted me gusta. Parece muy fuerte… y sobre todo, me gustan los hombres que no se precipitan. ¿Tiene algún compromiso en Dakar?

—Seguro que sí: conmigo mismo, para ganar algo de dinero y no tener que robarle el monedero a una anciana.

—No parece usted de esos desgraciados. Bueno, salga del hotel y espere. Dentro de unos minutos saldremos mis amigos y yo.

Masters asintió, y comprendiendo que la conversación había terminado, se alejó. Siete u ocho minutos más tarde, un coche se detenía junto a él en la Place de L'Umion, cerca del hotel Teranga, donde había estado esperando.

—Masters, ¡suba!

La portezuela derecha de atrás se había abierto. John se metió en el coche. En el asiento delantero iban los dos hombres que había catalogado en la piscina del hotel, uno de ellos al volante. Atrás iba solamente Nick Shivers, que le ofreció un cigarrillo. Masters negó con un gesto.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—A dar un paseo por mar.

Minutos más tarde, tras dejar el coche en una calle cercana al puerto, ocupaban una lancha surta en éste. El mismo hombre que había conducido el coche se encargó de pilotarla, y muy pronto estuvieron navegando mar adentro.

—Vamos a charlar unos minutos —dijo Shivers, señalando hacia el camarín—. Ven tú también, Cromby.

Shivers, Cromby y Masters entraron en el pequeño camarín, en el que había un diván-cama, dos literas enfrente, un mueble-bar, algunos libros, y una pequeña cocina a gas butano. A una seña de Shivers, John se sentó en el diván. Shivers lo hizo enfrente, en una de las literas, y sacó la pistola, apuntando al pecho del budoka.

—¿Cómo nos han encontrado? —preguntó.

John Masters notó un escalofrío en todo el cuerpo, pero se mantuvo en una actitud que le pareció adecuada.

—¿Qué…? ¿Encontrado? Oiga, guarde eso, no me gusta que me apunten.

—Vamos, no perdamos estúpidamente el tiempo, Masters… o como se llame. Mire, yo ya soy mayorcito para tragarme esos cuentos de Caperucita y tos Siete Enanitos…

—Será Caperucita y el Lobo Feroz —sonrió Masters.

—¿Qué más da? ¿Es usted un espía británico?

—Pero ¡qué dice, hombre! Oiga… ¿todo esto —señaló la pistola— no es una broma?

—Seguro que no —dijo Cromby.

Masters lo miró, y lo vio también empuñando una pistola. Volvió a mirar a Shivers;

—Pues si no es una broma, explíqueme qué pasa, porque yo no tengo ni idea. ¡Un espía británico…! ¿Está loco?

—Ya que usted no se aviene a razones, yo le diré cómo están las

cosas, Masters. Para mí, diga usted lo que diga, la cosa está clara a más no poder: nos han localizado, saben mucho más de lo que a mí personalmente me conviene. De modo que voy a ver si desaparezco de estos lugares y me pongo a salvo. El asunto se ha estropeado, pero yo no tengo por qué sacrificarme. Mala suerte, sobre todo porque he dejado de ganar una buena cantidad de dinero. Pero peor suerte va a correr usted.

—Escuche, Shivers, no tengo la menor…

—¡Ya basta! Si vuelve a decir tonterías, le parto todos los dientes. Sé muy bien a qué atenerme con respecto a usted: está buscando a la muchacha, y las armas que entregó su padre… Okay?

—All right —murmuró Eagle.

—Así está mejor. ¿A qué servicio pertenece usted?

—A ninguno. Y esto es cierto. Decidieron no utilizar ningún organismo oficial en esto. Soy amigo del general Dougall, eso es todo. Él me conoce de cuando yo era instructor militar, y me llamó para que le ayudase.

—¿Usted solo? —preguntó incrédulamente Shivers.

—Sí.

—¡Fiuuu…! —silbó Cromby—. ¡Pues debe ser usted un tipo de cuidado, Masters!

—No tanto —gruñó el budoka—; está bien claro que no soy demasiado listo. Me han cazado como a un pajarillo. ¿Piensan matarme?

—Sólo cuando nos haya servido satisfactoriamente de rehén, ya que, por mucho que usted lo diga, no nos creemos que esté solo, en esto. No tiene sentido. Así que entiéndalo bien: si sus amigos nos molestan antes de que nos larguemos, dése por muerto… ¿Está claro?

—Sí.

—O sea —masculló Cromby—, que no es cierto que esté solo.

—Claro que no estoy solo —mintió Masters.

—Bueno, ya veremos en cuánta estima le tienen sus amigos.

—Espero que en mucha. Oigan, sólo por curiosidad: ¿cómo pasaron las armas del Mylove a bordo del Virgen del Carmen, y cuándo y dónde?

—¿Me creerá si le digo que las armas continúan a bordo del Mylove? —sonrió Shivers.

—Nika Oba y otro tipo hablaron de que estaban en un barco cuyo nombre era Virgen del Carmen. Pensábamos que habrían sido trasladadas al South Cape, pero no… ¿Qué quiere decir con eso de que las armas continúan a bordo del yate Mylove?

Shivers y Cromby sonrieron. El primero miró al segundo, y movió la pistola con seco gesto.

—Ve a cubierta a echar un vistazo, a ver si nos siguen. Si es así, dile a Norton que ponga rumbo adonde está el Virgen del Carmen.

—Pero entonces delataríamos la posición de…

—Eres un cretino —masculló Shivers—. Si nos siguen hasta el Virgen del Carmen se van a llevar una sorpresa… que no les va a gustar nada.

Cromby frunció el ceño, abrió la boca… La cerró de pronto, y sonrió. Sin decir nada más, abandonó el camarín. Tampoco Masters precisaba de más explicaciones: si alguien los estuviese siguiendo, serían hundidos en cuanto Shivers llegase al Virgen del Carmen donde disponían de armas mucho más poderosas que unas simples pistolas. Por fortuna para los del MI6, no debían tener ni idea de lo que estaba ocurriendo.

—Apuesto a que sé lo que está pensando —dijo Shivers.

—Pues le felicito por su clarividencia. Escuche, Shivers, usted debe ser un mercenario, y nada más. Trabaja por dinero. ¿Cierto?

—Cierto.

—Podemos hacer un trato: pida una cantidad, y yo conseguiré que se la paguen.

—¿A cambio de qué?

—De mi vida, y de su colaboración para recuperar esas armas y saber para qué las quieren las personas que le han contratado. Por supuesto, también exijo la devolución de la muchacha.

Shivers le contemplaba en verdad pasmado. Por fin, movió la cabeza con gesto de asombro.

—¿Sabe? Me está pareciendo que usted no es un tío demasiado listo, Masters. O quizá cree que el tontísimo de nacimiento soy yo. Si hiciese lo que usted dice, mi carrera como mercenario estaría terminada para siempre jamás. Nadie querría saber nada conmigo. Eso, por un lado, claro. Por otro, suponer que el Servicio Secreto británico me iba a dejar en paz después de pagarme una cantidad, es una majadería. ¿Es usted así de ingenuo o pretende tomarme el pelo?

—Mi oferta es sincera. Quiero recuperar sana y salva a Emily Dougall, y evitar que esas armas sean utilizadas. Detesto las armas.

—¿No ha dicho que es usted instructor del ejército?

—Dejé de serlo por eso.

—No le entiendo muy bien. De todos modos, su oferta es una estupidez, así que no pienso aceptarla. Y fin del cuento, hermano.

Eagle iba a continuar insistiendo cuando Cromby regresó. Apareció con gesto sorprendido.

—No parece que nadie nos esté sig…

Plop, chascó su pistola, apuntando hacia Masters, que saltaba de improviso contra él. El budoka abrió la boca, su rostro se distorsionó

en un gesto de dolor, pero ni un sonido brotó de aquélla. Sus manos llegaron hasta Cromby antes de que éste consiguiese disparar de nuevo, lo asieron por la ropa, y lo desplazaron velozmente, colocándolo de espaldas a Shivers, que disparó en el momento en que Eagle empujaba con fuerza a Cromby, lanzándolo contra Shivers.

La bala disparada por éste acertó a Cromby en la parte posterior de la cabeza, y salió por la frente, lanzando salpicaduras de sangre, hueso y masa encefálica a todos lados… Ya muerto, llegó hasta Shivers, chocando fuertemente contra él empujándolo hacia el fondo de la litera. Shivers lanzó un grito, se quitó de encima el cadáver, y se apresuró a sentarse a toda prisa, mirando con expresión desorbitada en busca de John Masters.

Vislumbró su rostro crispado por el dolor, y, simultáneamente, algo que acudía al encuentro de su rostro. Níck Shivers ya no pudo hacer nada más: el puño del budoka llegó a su frente, sobre la ceja derecha, e impacto allí. Por un instante, Shivers pensó que una bomba había estallado dentro de su cabeza; enseguida, el hueso roto penetró, astillado, en su cerebro, produciéndole la muerte inmediata. Quedó como recostado en la litera, en una posición grotesca. A sus pies, en el piso, el cadáver de Cromby.

La lancha seguía navegando a buena velocidad, con poderoso zumbido de sus motores gemelos.

Eagle agarró la pistola de Shivers, y se dejó caer en el diván. Metió la otra mano en su costado derecho, y la retiró llena de sangre. Pálido el rostro, se quedó mirando hacia la salida a cubierta. No sucedía nada. La lancha seguía su marcha, eso era todo.

Miró la pistola, frunció el ceño, y la tiró a un lado. Se puso en pie, fue hacia la puerta, y atisbo hacia la cubierta. Desde allí no podía ver al llamado Norton… pero eso significaba que tampoco éste podía verlo a él. Recordó dónde estaba el tablero de mandos, aspiró aire lentamente, cerrando los ojos, y, de pronto, se lanzó a cubierta. Apareció en ésta tan velozmente, que cuando Norton vino a darse cuenta, ya lo tenía detrás, con un brazo rodeando su garganta. Con la otra mano, Masters hurgó bajo la ropa de Norton, velozmente; encontró la pistola, la retiró y, un instante después, el arma caía al mar… mientras Masters recibía precisamente en el costado herido el codazo hacia atrás propinado por Norton. El dolor fue tan intenso que cayó sentado en la cubierta, y luego de espaldas, nublada la vista.

—Notó el peso sobre él, y comenzó a recibir los golpes de Norton, que aullaba como un loco. Como a través de la más típica niebla londinense, John Masters vio sobre él al hombre que le estaba golpeando, llevándolo hacia la inconsciencia, provocando estallidos de insufrible dolor en todo el cuerpo…

La mano izquierda del budoka se crispó, quedó convertida en una

pieza sólida, como un hacha. La separó de su cuerpo, reunió sus energías, y lanzó el tremendo shuto. Desde el borde de su mano, la vibración del impacto repercutió en todo su cuerpo. Dejó de recibir golpes, y de notar aquel peso sobre su bajo vientre. Rodó hacia un lado, se puso de rodillas, y sacudió la cabeza. La visión se aclaró aceptablemente. Muy cerca de él, tendido cara, al cielo, vio a Norton. La lancha llevaba, ahora, una marcha zigzagueante, y daba bandazos cada vez más fuertes y pronunciados.

Segundos después, Eagle estaba de pie, con la sensación de que sus piernas eran de trapo. Llegó a trompicones ante los mandos, les echó un vistazo, y luego los accionó. Los dos poderosos motores gemelos enmudecieron. Gobernó la lancha en su desplazamiento de impulso, y por fin, se detuvo, quedando a merced del suave oleaje, que crujía contra el casco, con inofensivos chapoteos. Dakar estaba muy lejos…

Capítulo VII

LO primero que vio Norton al abrir los ojos, fue el enrejado de la litera de encima. Intentó moverse, y en el acto comprendió que estaba atado de pies y manos. Miró entonces a su derecha, y vio a John Masters, desnudo de cintura para arriba, restañándose la sangre del costado con un trozo de sábana.

Eagle lo miró, pero no dijo nada. Terminó de limpiarse la sangre, se vendó fuertemente el torso, y luego se puso la bonita y elegante camisa de Nick Shivers. Norton buscó a Shivers, desconcertado, y entonces lo vio en el piso, tendido junto a Cromtoy. Palideció al ver cómo había quedado éste, y miró de nuevo al budoka.

Este se sentó en el borde de la litera y preguntó:

—¿Qué tal se siente? ¿Podemos Charlar?

—No tengo nada que charlar con usted —graznó Norton.

—Mire, Norton, no tengo tiempo que perder, así que iremos directos al grano. ¿Las ve? —colocó sus manos extendidas sobre Norton—. Pues sólo con estas manos puedo llevarle a usted a tales límites de dolor que deseará morir, Por favor, no me obligue a ello.

—¡Váyase a la mierda!

Eagle movió la cabeza con gesto de disgusto.

—Recurriremos primero a un ejemplo sencillo. Por ejemplo, el ojo, es decir, el glóbulo ocular, en el que puedo aplicarle un sencillo atemi. En japonés, la parte que voy a golpearle suavemente se llama Gansei. Dígame qué siente.

Con el nudillo medio del dedo corazón, Masters golpeo suavemente el glóbulo ocular derecho de Norton, que lanzó un espantoso berrido. Quedó lívido, desencajado el rostro.

—¿Y bien? —inquirió Masters.

—Váyase… a… la mierda…

—Le señalaré ahora, otro punto vital doloroso según una técnica china. Ese punto lo llamaremos Elmenn.

De nuevo golpeó suavemente Masters, esta vez cerca de la oreja. Norton saltó en la litera como si acabase de recibir una descarga eléctrica.

—Este otro punto vital es llamado Ganchu, en Japón. Suele producir el desvanecimiento, a menos que se aplique con cuidado el atemi correspondiente. Yo voy a ser cuidadoso. Observe.

Con las dos manos a la vez, siempre utilizando los nudillos,

Masters golpeó por debajo de los pectorales de Norton, que lanzó un aullido, se crispó, y perdió el conocimiento. Masters frunció el ceño, alzó una mano, y golpeó de revés y derecho el rostro del mercenario. Segundos después, éste le contemplaba con expresión turbia… que rápidamente se aclaró. El pavor apareció en las pupilas de Norton.

—Este otro punto, los japoneses lo llaman murasame —tocó Masters, con un dedo, a un lado del cuello de Norton, a la izquierda; y luego tocó a la derecha—. Y este otro, matzukaze. Vayamos primero por uno y luego por otro. ¿O quizá será mejor los dos a la vez…?

Con dos dedos de cada mano funcionando como pinzas, Masters presionó, sin ensañamiento alguno, el punto medio de los músculos esternocleidomastoideos, cerca de la carótida… Esta vez, el aullido de Norton casi puso los pelos de punta al propio John Masters. El sudor brotó, de pronto, en el rostro de Norton, cuyos ojos contemplaban, desorbitados, al budoka.

—Ya basta —jadeó—. ¡Ya basta!

—Pero si sólo hemos hecho que empezar…

—¡YA BASTA!

—Muy bien. Olvidaré mi disgusto contra usted por haberme obligado a esto, y charlaremos tranquilamente. ¿Dónde está Emily Dougall?

—Creo… que está en la casa de Noro Oba…

—¿Noro Oba? ¿Es alguien relacionado con la negrita que…?

—Es su padre.

—Vaya por Dios… La casa del señor Oba está en la isla de Gorée, ¿no es así?

—Sí. Pero yo no sé la dirección exacta. Shivers sí que…

—No importa: yo sí la sé. De acuerdo. Hablemos ahora del yate Mylove. ¿Dónde está?

—No muy lejos de aquí, anclado, supuestamente averiado.

—¿Y el Virgen del Carmen?

—Son… son el mismo barco… Fue una idea de Shivers. Cuando el yate Mylove zarpó de Inglaterra, el South Cape acudió a su encuentro. Como carga, llevaba un camuflaje para el Mylove; el casco de un pesquero español prefabricado por nosotros en el South Cape. Cuando los dos barcos se encontraron por la noche en alta mar, se procedió a adherir el casco del pesquero Virgen del Carmen al casco del Mylove, y se retiró de éste la parte superior, por piezas, y las que no podían retirarse fueron deterioradas y pintadas… De este modo, con un doble casco falso, el Mylove continuó navegando hacia aquí.

—Inteligente plan. Y cualquiera que haya visto el Mylove habrá visto, en realidad, un pesquero de nombre y pabellón español. ¿No es eso?

—Sí… Sí.

—Fantástico. ¿Cuántos hombres hay en el Mylove?

—Siete.

—¿Todos mercenarios, como usted?

—Sí… Todos estamos… estábamos a las órdenes de Shivers.

—El cual, a su vez, estaba contratado por Noro Oba, el padre de la negrita. ¿Para qué? ¿Qué pensaban hacer ustedes con las armas?

—Shivers y nosotros habríamos formado el cuadro de mandos de un pequeño ejército que Noro Oba tiene preparado para organizar una revuelta en Senegal, apoderarse del poder, e invadir Gambia, que está incrustado en Senegal. Conseguido esto, Noro Oba se habría coronado Emperador del nuevo país.

Masters se pasó la lengua por los labios.

—Después de haber ocasionado una revolución y una guerra que habrían costado miles de muertos —susurró—. Bueno, pues el señor Oba se ha quedado sin cuadro de mandos para su ejército revolucionario, pronto se va a quedar sin armas… y mucho me temo que todavía va a perder algo más. Bien, Norton; ahora voy a soltarle los pies, subiremos a cubierta, y pondremos rumbo al Virgen del Carmen. Yo pilotaré la lancha, y usted me irá indicando el rumbo. ¿De acuerdo?

Norton refunfuñó algo como respuesta. Eagle le soltó los pies, lo ayudó a salir de la litera, y lo empujó hacia cubierta.

* * *

—Ahí lo tiene —masculló Norton.

Masters ya había visto el pesquero, flotando inmóvil, solo, a merced del oleaje. Asintió con un gesto, miró a Norton, y, sin más explicaciones, le golpeó en la nuca con el canto de la mano. El tegatana ate fue fulminante. Norton rodó a los pies de Masters, que dejó el volante, asió el mercenario por la ropa, y lo arrastró hacia el camarín, empujándolo a su interior. Volvió a toda prisa hacia los mandos, y siguió navegando tranquilamente directo hacia el pesquero de bandera española.

Un par de minutos más tarde, la lancha estaba detenida junto al pesquero, a merced de las olas. En la borda del pesquero había varios hombres, mirando con sorpresa y desconfianza a Masters, que alzó la cara y sonrió.

—¡Hey! —Mamó—. ¡Shivers necesita a dos de vosotros, los más fuertes! ¡Traemos un cargamento especial en el camarín!

Hubo un cambio de impresiones entre los hombres de la borda del falso pesquero. Rápidamente, una escalerilla de madera fue colocada

paralela al casco, y dos hombres descendieron a la lancha. Masters los esperaba ante la entrada al camarín. Señaló su interior, y los dos hombres entraron, presurosos. El siempre efectivo tegatana ate fulminó a uno de ellos en el acto. El otro oyó el resoplido, se volvió, y recibió el impacto del puño izquierdo de Eagle en la punta de la barbilla. Hubo un estallido de luces en su cráneo, y, en el acto, la oscuridad total. Masters los contempló, con el ceño fruncido, y esperó sosegadamente un par de minutos.

Transcurridos éstos, salió del camarín, refunfuñando, y mirando hacia arriba, hacia la borda en la que, ahora cinco hombres, esperaban impacientes e intrigados.

—Menudo cabreo tiene Shivers —mascülló— ¡A ver, otros dos de vosotros! ¡Y que tengan músculos en lugar de fideos!

Otros dos hombres bajaron rápidamente… y la operación se repitió con toda limpieza. El camarín se estaba llenando. Y además, no convenía abusar del mismo truco. Esta vez, Masters empleó tres minutos en maniatar sólidamente a Norton y a los otros cuatro mercenarios. Por fin, regresó a cubierta, y alzó un puño, con el pulgar hacia arriba.

—¡Vale! —dijo—. ¡Preparad unas cuerdas fuertes!

Subió por la escalerilla. Saltó a bordo del falso pesquero, y tendió la mano al único hombre que quedaba junto a la borda.

—¡Chócala! —exclamó—. Yo soy Masters. Apuesto a que no tenéis ni idea de lo que ha conseguido ese granuja de Shivers.

—¿Qué ha conseguido?

—Bueno, en primer lugar, un elemento como yo, que apuesto a que podrá enseñaros algunas cosillas. Y luego, algo que yo mismo le he proporcionado. Un penique a que no adivinas lo que es.

—Déjate de acertijos, idiota —masculló el otro—. ¡Y vosotros, traed esas cuerdas de una maldita vez!

Los dos mercenarios llegaron a toda prisa, transportando un grueso rollo de cuerdas.

—¿Qué hacemos con ellas? —preguntó uno.

—Déjalas en el suelo; me servirán luego para ataros a todos como a una ristra de salchichas.

—¿Atar…?

Visto y no visto.

Como en una perfecta y tranquila ejecución de una kata de karate, John Eagle Masters comenzó a golpear con sus puños y a desplazarse. Paso al frente, tsuki al frente. Paso lateral inmediatamente, ura ken a la derecha. Un cuarto de giro a la izquierda, empi ate hacia ese lado.

Como un juego. Con la perfección, la seguridad y la tranquilidad de parte de una kata. Tres golpes, tres adversarios tendidos en la

cubierta sin sentido. Tiempo invertido: dos segundos y unas cuantas centésimas.

Solamente se oía el chasquido del oleaje contra el falso casco del Virgen del Carmen.

* * *

El agente británico que iba junto a su compañero encargado de pilotar la lancha, señaló, de pronto, hacia delante.

—Allá está —dijo—… Es decir, supongo que será el Virgen del Carmen:

—Debe serlo, si entendimos bien las indicaciones de Eagle. Pero asegúrate bien.

El espía volvió a utilizar los prismáticos. La lancha se iba acercando rápidamente al barco avistado segundos antes, así que muy pocos segundos más tarde, el espía bajó de nuevo los prismáticos y dijo, ya sin vacilaciones:

—Lo tenemos. Voy a avisar a los otros.

—¿Ves la lancha en la que Eagle llegó ahí?

—No… No la he visto., Debe estar al otro costado del pesquero. Voy a por los demás.

Entró en el camarín de la lancha, donde cuatro hombres más esperaban, fumando y conversando aburridamente. Todos volvieron la cabeza hacia él, expectantes.

—All right, muchachos, estamos llegando. Según Eagle, todo está en Orden, pero tengamos cuidado.

—Cuidado, ¿de qué? —encogió los hombros uno de los agentes de Su Majestad Británica—. Cuando Eagle llamó, para decirnos en primer lugar que sabía que teníamos que estar cerca, dijo que todo estaba solucionado, que todo lo que debíamos hacer era llegar al pesquero y tomar las medidas oportunas, que este asunto ya quedaba en nuestras manos. Y dijo bien claramente que la situación estaba controlada totalmente por él.

—Así ha de ser, si él lo dice —farfulló el otro—. Pero no cuesta nada tener cuidado.

—Ese águila tiene un buen par de melones entre las piernas, ¿eh? —sonrió otro de los espías.

—Seguro que sí. Bueno, vamos a ver qué más cosas nos dice sobre este asunto. Ya nos ocultó en Tánger que sabía que las armas estaban en el Virgen del Carmen, para que no pudiéramos hacer nada y pusiéramos en peligro a la hija del general. A ver qué nueva genialidad se ha inventado ahora.

Minutos más tarde, los agentes del Servicio Secreto británico se

convencían de que Eagle no iba a darles explicaciones… Por la sencilla razón de que no estaba allí. El águila, nuevamente, había alzado el vuelo.

Capítulo VIII

A la isla de Gorée se podía llegar en una de las chalupas pintorescas que hacían el recorrido desde Dakar, en veinte minutos, o bien, utilizando los propios medios de navegación. El águila recurrió a este sistema, sirviéndose de la lancha requisada a Nick Shivers y sus hombres… todos los cuales, muertos y vivos, habían sido trasladados al Virgen del Carmen y sólidamente atados. A Masters le habría gustado ver la cara de los agentes británicos al encontrarse en un barco de pesca que ocultaba un yate lleno de armas y de hombres atados, pero, en verdad, tenía cosas más importantes que hacer.

Y por eso, apenas anochecido, llegó a Gorée, no al embarcadero, sino a una pequeña playita que parecía coronada de palmeras, a un par de kilómetros de la población.

Ya a motor parado, la lancha llegó cerca de la orilla, hasta que la quilla se hundió en la arena. Entonces, John Masters lanzó el anclote al agua, agarró su saco que había recogido en Dakar mientras daba tiempo a la llegada de la noche y tras utilizar la radio para comunicarse con los agentes secretos, y saltó cuidadosamente al agua, sosteniendo el saco en alto.

No hacía falta tanto, porque el agua, en el lugar al que saltó, apenas le llegaba por las rodillas. Llegó a la playita solitaria, crispado el rostro por el dolor que le producía la herida del costado. Se llevó la mano allí, y sus dedos se humedecieron… no precisamente de agua. Una vez más, la herida estaba sangrando, así que procedió a vendarla utilizando las tiras de sábana que había tomado en la pensión, y que sacó de la bolsa. La camisa manchada de sangre ya no le servía, de modo que la tiró a un lado. Solamente le quedaba ya una camisa, que se puso cuidadosamente. Luego, se dirigió hacia el resplandor de luces de Gorée, con la bolsa echada a la espalda. Sus pantalones estaban mojados, pero se secarían con la marcha. ¡Al demonio los pantalones!

Tardó media hora en recorrer calmosamente los dos kilómetros. Para entonces, la última camisa comenzaba ya a mostrar unas pequeñas manchas de sangre. Lo primero que llamaba la atención en la localidad de Gorée era aquel extraño silencio de paz… Motivo: ni un solo vehículo a motor circulaba por la isla. Se veían bicicletas, gente a pie, pero ni un solo vehículo a motor.

La mayoría de las personas que se cruzaron con él eran de raza negra. Le miraron con leve curiosidad, simplemente. Gorée está muy acostumbrada al turismo europeo, que acude en gran cantidad en

busca del tipismo y del silencio.

Recurriendo a su «pésimo francés, Eagle preguntó por la dirección que constaba en la documentación de la negrita. Y obtuvo los informes a la primera. ¿El señor Oba? ¡Seguro que lo conocían! No vivía en el centro de la localidad, sino en la zona residencial cerca de la playa, en una hermosa villa rodeada de jardín protegido por altas verjas de hierro…

No tenía pérdida. En menos de veinte minutos, el budoka estaba contemplando, a cierta distancia, la residencia del poderoso señor Oba, efectivamente rodeada de unas altas verjas de hierro. Por entre palmeras y otros árboles de copa plana se veía la casa, blanca. Había resplandor de luz en varios puntos de ella.

John Masters suspiró profundamente. Muy bien; allí estaba Emily, la niña de los grandes ojos que le contemplaban siempre con fascinación. Es decir, ya no tan niña, claro… Veinte años. Eagle no se hacía demasiadas ilusiones respecto al estado de Emily, en el supuesto de que continuase con vida. Naturalmente, la habrían violado, habrían estado gozando de ella cuantas veces hubiesen deseado. Cerró los ojos, y se imaginó a la niña de sus recuerdos atropellada brutalmente. La imagen era tan nítida, tan real, que Masters se estremeció, y abrió enseguida los ojos.

Era mejor no pensar en ello. Lo que importaba era rescatar a Emily, devolverla a Inglaterra. Lo demás, no tenía importancia… sólo la que se le quisiera dar. Aunque, evidentemente, durante el resto de su vida Emily tendría recuerdos espeluznantes de lo que había sucedido a los veinte años, de las violaciones y vejaciones que…

Eagle sacudió la cabeza. No. No quería pensar más en ello.

Se acercó a las verjas, y pasó de largo, como si se dirigiese a otra de las mansiones que se veían, espaciadas, en la zona residencial.

No parecía que hubiese vigilancia en el jardín.

Regresó, escaló las verjas, y saltó al otro lado con veloz agilidad, sin producir el menor ruido. Un pinchazo en el costado le recordó, de nuevo, la herida. Tenía la camisa empapada. Se metió entre unos arbustos, y se quedó mirando la casa, ahora de más cerca. Todo estaba en paz, en silencio. Se quitó la última camisa, se vendó de nuevo con las últimas tiras de sábanas, y luego se desnudó completamente. De la bolsa sacó su negro karategi especial, y se lo puso. Se anudó el cinturón negro y, finalmente, se quitó los zapatos. Por encima de él, la brisa marina susurraba dulcemente en las copas de las palmeras.

«Si la han matado, los haré pedazos a todos…»; cruzó en el pensamiento, como un relámpago, por la mente del budoka.

Convertido en una sombra más, comenzó a deslizarse hacia la casa. A medida que se acercaba iba oyendo la música. Los labios del budoka

se apretaron con fuerza. Allí, envuelto en música, estaba el hombre que había preparado una revolución, y luego, la invasión de un pequeño país por el simple hecho de estar incrustado en el suyo, que él quería gobernar…

La mirada del águila fue hacia una de las terrazas de la casa, en la que había luz. La dable puerta del dormitorio estaba abierta. Hacía calor. La mirada del águila descendió por la pared, buscando en ésta algo a lo que pudiera agarrarse. Si conseguía llegar a aquella terraza, podría entrar fácilmente en la casa. No tenía la menor intención de dar a conocer su presencia. Lo que interesaba era sacar a Emily de allí, y eso resultaría más fácil cuanto más sigilosamente actuase él.

No había en la pared nada a lo que pudiera agarrarse. Pero, todavía quedaba el gran recurso… Calculó la distancia desde el borde inferior de la terraza hasta el suelo. Unos tres metros y medio. Dejó la bolsa entre unas matas, se colocó en el borde del jardín, miró a todos lados, y de pronto echó a correr hacia la fachada de la casa.

Fue como un auténtico vuelo; llegó bajo la tenaza, saltó, y sus manos parecieron clavarse en el borde. El cuerpo osciló, y siempre con suavidad de vuelo, pasó por encima de la balaustrada de ladrillos y cayó, en silencio, en la terraza.

La música brotaba precisamente de aquel dormitorio. Se asomó cautelosamente, y retiró enseguida la cabeza: en el centro de la amplia, confortable, elegante pieza, acababa de ver a un negro alto, esbelto, hermoso, completamente desnudo y encendiendo un cigarrillo. Una oleada de sangre pareció hinchar, por un momento, la cabeza de Masters.

Volvió a mirar, siempre cautelosamente. El negro miraba hacia una puerta dentro de la misma habitación. Estaba casi de espaldas al águila, que se dispuso a saltar… En aquel momento, la puerta hacia la que miraba el negro se abrió. La mirada del budoka saltó hacia allí… y su rostro quedó lívido al ver aparecer a la rubia, hermosísima muchacha, completamente desnuda, sonriente, colocándose una toalla en la cabeza, para sujetar los húmedos cabellos. Fue como un cañonazo en pleno pecho del budoka; acababa de ver a Emily Dougall.

—¿Otra vez estás fumando? —oyó la voz que le pareció casi tan infantil como años atrás.

—Algo he de hacer mientras te espero —replicó en correctísimo inglés el hermoso negro.

—Pues ya no tienes que esperar más.

Como en una pesadilla alucinante, John Masters vio a la muchacha llegar ante el negro, quitarle el cigarrillo, aplastarlo en el cenicero, y luego tomar las manos de él y colocarlas en sus senos blanquísimos, erguidos dulcemente. La pesadilla continuó cuando la boca del negro

tomó la de Emily, en un beso largo, profundo, apasionado. Masters cerró los ojos. Cuando los abrió, Emily y el negro estaban tendidos sobre la alfombra, en pleno abrazo total. En la espalda del negro, los blancos brazos de la muchacha británica destacaban como tallos de flores, como largos lirios. Los oídos de Masters comenzaron a zumbar.

Por primera vez en su vida, los nervios del budoka no eran de acero, sino de hielo. Estaba paralizado, agarrotado, helado. No podía moverse, no podía reaccionar. Notaba las sólitas de sudor deslizándose por su frente.

«No, negaba mentalmente… No, Emily, no… No, pequeña Emily, no, no, no, no.»

Pero mientras tanto, la pequeña Emily estaba llegando al final de su viaje de amor. Masters se tapó los oídos, y continuó allí, como clavado al piso de la terraza. Ahora, el silencio era total. Retiró las manos de los oídos. Sí, silencio total. Ni siquiera se oía música…

—¿Qué disco prefieres? —oyó la voz del negro.

—Me da lo mismo, amor… Elígelo tú.

Como un autómata, John Masters dio un par de pasos, quedando dentro de la habitación. El negro estaba de espaldas a él, caminando hacia el mueble donde estaba el tocadiscos. Emily yacía sobre la alfombra, estirando su cuerpo voluptuosamente, sonriendo feliz, poniendo de manifiesto la belleza blanquísima de su cuerpo… De pronto, vio a John Masters.

Quedó petrificada. Enseguida, un gesto de asombro apareció en sus bellas facciones. Y casi simultáneamente un destello de reconocimiento. Se sentó de un salto, vibrando sus delicadas formas.

—¡JOHN! —exclamó—. ¡JOHN MASTERS!

El negro se volvió vivamente. Vio a Masters, y quedó estupefacto. Inmediatamente, su gesto se nubló.

—¿Quién es usted? —exclamó—. ¿Qué pretende…?

—¡Kimo, es John Masters…! —exclamó Emily, todavía atónita—. ¡Te he hablado muchas veces de él!

El negro parpadeó.

—¿El hombre que te volvió loca de amor cuando eras niña?

—Sí —rió Emily, de pronto—. ¡Oh, sí, sí, sí!

—¿Y qué hace aquí?

Masters miraba de uno a otra. Emily lo miraba ahora expectante.

—John… Pero… ¡Santo cielo! ¿De dónde has salido, qué… qué haces aquí?

—La verdad es que ahora no lo sé —murmuró roncamente John.

Emily Dougall pareció reparar de pronto en que estaba desnuda. Se puso en pie rápidamente, agarró una bata y se la puso, un poco sofocada. El negro llamado Kimo no se había movido.

—John, esto es…

—Quítate esa bata, ponte un vestido, y vámonos —la interrumpió el budoka.

—Oh, no… ¡No pienso marcharme, John, querido! Si te envía mi padre, puedes decirle que no pienso volver hasta que yo lo desee. En cuanto a ti… Bueno, John, espero que lo entiendas: los años pasan, la vida cambia, las personas evolucionamos… Espero que comprendas que ahora amo a Kimo. Así que, como sabía que mi padre jamás consentiría que me uniese a Kimo, me vine con él a África. ¡Y soy absolutamente feliz, John! ¿Podrás hacérselo comprender a mí padre?

—¿No estás aquí secuestrada? —musitó Masters.

El gesto de pasmo de Emily fue formidable.

—¿Secuestrada? —exclamó—. ¡Qué tontería! En la carta que le envié a mí padre le decía claramente que me iba por mi propia voluntad, y que no me buscase, que ya le enviaría noticias mías cuando me pareciese el momento oportuno. El no habría…

—Emily; tu padre no recibió esa carta. Lo que sí recibió fue una llamada telefónica informándole de que habías sido secuestrada.

—Pero… ¡Eso no es cierto! Me vine aquí con Kimo… Nos conocimos en la Universidad, nos enamoramos… ¡Secuestrada! ¡Es absurdo! En la carta que…

—¡Te digo que tu padre no recibió esa carta!

—¡Claro que tuvo que recibirla! Kimo se encargó personalmente de llevarla a casa, la depositó en el buzón, y…

—No la llevó. ¿Verdad, Kimo?

El negro saltó, de pronto, hacia la pequeña discoteca, abrió un cajoncito, metió la mano dentro, y la sacó armada con una pistola, con la que apuntó al pecho de John Masters.

—¡No se mueva de ahí! —ordenó.

—¡Kimo! —gimió Emily—. ¡Oh, Kimo, Kimo…!

—¡Es cierto, no la llevé! —gritó el negro—. ¡Tenía que obedecer y ayudar a mí padre, así que no lleve esa carta tuya!

—Pero ¿por qué?

—Porque de este modo —intervino Masters— pudieron decirle a tu padre que te habían secuestrado, a cambio de ti, le pidieron armas. Armas que los Oba piensan utilizar para apoderarse del gobierno, en Senegal, e invadir luego Gambia, siempre apoyados por mercenarios, que serían los mandos militares del pequeño ejército que los Oba tienen preparado.

—¿Eso es cierto, Kimo? —preguntó Emily, pálida como un cadáver.

—Sí… ¡Es cierto!

—Entonces… ¿no me amas? ¿Todo ha sido una mentira?

—No… ¡Al principio sí fue mentira, me acerqué a ti porque así había preparado el plan mi padre, aconsejado por un mercenario…! Al principio… no me importabas ni poco ni mucho, simplemente me gustaba poseerte. Pero en estos días… en estos días he llegado a amarte, Emily… ¡Sí te amo, ahora!

—Entonces, deja marchar a John.

—No… ¡No puedo, hacerlo! ¡No puedo traicionar a mí padre! ¡Ese hombre tiene que morir!

—Kimo, no… ¡No podría soportarlo! Te he hablado tanto de John Masters, nos hemos reído tanto con mis relatos del gran amor de mi niñez… Ya no amo a John como hombre, pero le tengo un cariño que jamás podré borrar… Kimo, si matas a John Masters, nunca podré ser feliz contigo, algo se destruirá… ¡No podré amarte!

—¡No puedo traicionar a mí padre! —aulló Kimo Oba.

—No sería una traición —dijo Eagle—. Dígale a su padre que el Servicio Secreto británico está al corriente de todo, que las armas ya no llegarán nunca a sus manos, que se ha quedado sin mercenarios… ¡Todo está perdido!

—¡Miente…! ¡Miente!

—Yo no miento. Vosotros habéis mentido a Emily; mientras ella ha estado aquí, confiada, pensando que la vida era todo amor, vosotros la habéis estado utilizando para preparar una guerra. Pero todo ha terminado. Mi muerte no servirá de nada a nadie. No estoy suplicando por mi vida: sólo expongo unos hechos.

—Kimo —sollozó Emily—. Si matas a John nunca podré perdonarte, nunca, nunca…

El hermoso negro miró a la rubia, preciosa muchacha blanca. Luego, sus ojos se volvieron hacia Masters, que le contemplaba fijamente. Justo en aquel momento, fuera del dormitorio comenzaron a oírse voces. Luego, pisadas. Ya casi enseguida, golpes en la puerta. Alguien habló, excitadamente, en un idioma que Masters no entendió, pero sí Kimo, que contestó brevemente, volviendo un poco la cabeza… Miró de nuevo a Emily, otra vez a John Masters…

—Está bien —murmuró—: márchese por donde ha venido.

—No —negó Masters—; no me iré sin Emily.

—¡Por Dios! —exclamó la muchacha—. ¡No lo entiendes, John! No pienso separarme jamás de Kimo… ¡Por favor, entiéndelo, y haz que lo entienda mi padre!

La puerta temblaba bajo violentísimos golpes. Masters tendió la mano hacia la muchacha.

—Ven conmigo, Emily —pidió.

—John: lo amo… Tienes que comprenderlo. Me quedaré para siempre con él. Entre los dos convenceremos a su padre, arreglaremos

las cosas, no sucederá nada. ¿Verdad, Kimo?

—Haré todo lo posible —asintió Kimo Oba.

—¿Lo ves? —sonrió Emily—. Nos amamos, eso es todo. Y ahora, vete, John. Comprendo que has venido a rescatarme, que te has arriesgado por mí. Te lo agradezco, te quiero, nunca te olvidaré… pero me quedaré siempre con Kimo.

Emily se había acercado a Masters mientras hablaba. Le puso las manos en el pecho, se alzó sobre las puntas de los pies, y lo besó en la boca. John Masters tomó el rostro de ella entre sus grandes manos, y estuvo mirando profundamente los hermosos ojos durante unos segundos, mientras se oían voces por todos lados, la puerta temblaba…

—Cada cual —susurró— escoge su destino; buena suerte, pequeña Emily.

—Adiós, John. Hazle comprender a mí padre.

El budoka asintió, miró a la puerta, que parecía a punto de venirse abajo, y de pronto dio media vuelta y corrió hacia la terraza. Saltó a la barandilla… y cuando estaba iniciando el salto, vio a los tres negros, abajo, armados con lanzas. Uno de ellos lo vio, también, y dio un grito de aviso.

Los otros dos se volvieron, alzando la cabeza. Gritaron, cuando vieron la negra silueta volando hacia ellos, y dispararon sus lanzas, que acudieron silbando al encuentro del águila… Una de las lanzas pasó por encima de la cabeza de John Eagle Masters, y rebotó en la terraza. Las otras dos, que iban directas a su cuerpo, fueron desviadas con los antebrazos por el budoka, en increíble parada, mientras el también increíble vuelo lo llevaba hacia los negros, y en el aire resonaba el grito que les heló la sangre en las venas:

—¡YIIIIAAAA…!

La patada en la cabeza de uno de los negros resonó fuertemente, y el hombre salió disparado como arrancado del suelo por un huracán. La otra pierna del budoka, se distendió hacia la izquierda, y el pie hundió varias costillas a otro de los negros, derribándolo como un muñeco… Una milésima de segundo más tarde, el águila se posaba en tierra, a dos pasos del tercer negro, que estaba paralizado de espanto.

Reaccionó de pronto, vivamente, sacando un cuchillo.

—¡YIIIIAAAA…!

El tsuki disparado por Masters, todavía con las piernas flexionadas, acertó al negro en los testículos, casi los arrancó, metiéndolos hacia atrás entre los piernas. El hombre lanzó un aullido infrahumano, y cayó fulminado.

Eagle se puso en pie, y echó a correr hacia el jardín. Por detrás de él, se oían voces, en la terraza… Y de pronto, un disparo crujió

sonoramente.

Masters se detuvo en seco. A sus oídos llegó, nítidamente, la voz de Emily, rota en un grito de dolor. Enseguida, otro disparo… Y ahora, el alarido de Emily. El águila se volvió, lentamente, y a la luz de la casa su rostro destacó, blanco como la leche.

—Emily —musitó.

Una enorme figura negra apareció en la terraza.

—¡Atravesaré tu corazón de perro! —gritó—. ¡Lo atravesaré como he hecho con el de esta perra rubia!

Las palabras, en inglés, llegaron como martillazos a oídos del budoka. No se movió. Junto al enorme negro aparecieron dos más, pero él dio órdenes en otro idioma, y los dos negros desaparecieron de la terraza. El negro gigantesco también desapareció.

John Masters corrió hacia donde habían caído las lanzas, cogió una, y corrió hacia la puerta de la casa… que se abrió enseguida. Los dos negros, armados con pistolas, aparecieron, a toda prisa. Respingaron al ver a Masters ante ellos… y el respingo de uno se convirtió en alarido cuando el extremo no punzante de la lanza se clavó en su estómago, derribándolo sin sentido, en el acto. El otro se dispuso a disparar, pero el otro extremo de la lanza, de hierro, se movió como un péndulo al revés, y le alcanzó en la cara, partiéndole la mandíbula y tirándolo contra la pared. Todavía se movió, tras colocarse de rodillas, pero un puntapié en el cuello lo abatió sin remisión.

John Masters entró en la casa, vio la escalera que ascendía hacia el primer piso, y corrió hacia ella. Un grito le hizo detenerse en seco, alzar la mirada… Arriba vio al hombre negro de gran estatura, empuñando una pistola, apuntándole.

—¡Perro inglés! —gritó—. ¡Te voy…!

El disparo sonó al mismo tiempo que la lanza salía disparada de la mano del budoka, con una fuerza terrible. ¡Crack!, crujió la bala, pasando por encima de la cabeza de Masters… Arriba, la lanza se hundía profundamente, con escalofriante sonido, en el centro del pecho de Noro Oba, derribándolo hacia atrás, mientras la pistola caía rebotando de peldaño en peldaño.

En tres saltos, John Masters llegó arriba. Miró al negro, cuyos ojos estaban abiertos. Y también su boca, desencajada. Parecía que los ojos fueran a saltar de las órbitas.

—Pe-perro… perro… —jadeó.

La cabeza le cayó hacia un lado, de pronto. Masters corrió por el amplio pasillo, y entró en la habitación. A quien primero vio fu a Kimo, tendido de espaldas. Su ojo derecho había reventado, y por la parte posterior de la cabeza aparecía masa encefálica y sangre. Luego,

Masters vio a Emily, y saltó hacia ella. Se arrodilló a su lado, y movió una mano hacia el lívido rostro.

—Emily —susurró.

La muchacha volvió los ojos hacia él, y una luz infantil apareció en ellos.

—John —musitó—. John…

Masters miraba ahora, sobrecogido, el manchurrón de sangre sobre el seno izquierdo de Emily.

—No hables —pidió—. No te conviene. Llamaré…

—¿Dónde… está Kimo…?

—No te preocupes por él. Está bien.

—No… Sé que no está bien… Su padre entró, y Kimo le dijo… le dijo que no había que preocuparse, que… que mi amigo no haría nada… nada contra mí…

Y entonces, su padre quiso matarme, y… Y Kimo se puso delante, y… ¿Ves… ves cómo… como sí me amaba, John?

—Claro que sí, Emily… Claro que sí.

—El señor Oba se… enfureció al ver que… que había matado a su hijo por mi culpa, y me… me disparó… ¿Dónde… dónde está Kimo…?

—Muy cerca de ti.

—Dile a mí padre… dile que… que procure comprender…

—Se lo diré, Emily.

—Gracias, John… Siempre fuiste tan… tan hermoso y cariñoso… cari…ñoso… Pero todos… vamos… evolucionando. Te amé mucho de… de niña… pero… pero…

—Te comprendo, Emily.

—Sí… Estoy segura, porque siempre fuiste… fuiste… tan cariñoso… tan car…

Emily Dougall calló de pronto. Sus ojos quedaron fijos. John Masters la abrazó contra su pecho, sin importarle mancharse con sangre ajena.

—Adiós, Emily —tembló su voz—. Adiós, adiós, pequeña y dulce Emily…

El silencio era espantoso.

* * *

Solamente se oía el tic-tac del viejo reloj de pie, colocado en una de las paredes del salón. Sentado en una butaca, John Masters contemplaba a Preston Dougall, que permanecía inmóvil en otra; tan inmóvil que parecía de piedra. Dougall miraba al suelo, pero, de pronto, alzó los ojos, y Masters los vio llenos de lágrimas.

—Yo tuve la culpa, ¿verdad? —susurró—. ¿Verdad, John?

—No, señor.

—Emily sabía que no me habría gustado que se fuese con un negro… Lo sabía. Era mi hija, me conocía bien. Y estaba en lo cierto: no me habría gustado eso, John. Pero ahora… Ahora pienso que eso habría sido mucho menos malo que perder a mí pequeña Emily. Ahora pienso que debí educarla de otra manera, o mejor dicho, ser yo de otra manera, no sé… Es todo tan extraño, tan absurdo… Y todo por mi culpa.

—Cada uno es responsable de su propio destino, mi general. Por eso, yo escogí otro camino que el de las armas. Para mí no hay negros, ni blancos, ni amarillos. Sólo personas. Personas buenas y personas malas. Lo demás no importa: sólo el Camino que nos lleve a ser una de las personas buenas. ¡Pero es tan difícil…!

—Sí, lo es… Por mi culpa, has tenido que hacer cosas que no han debido gustarte. Has tenido que utilizar tu fuerza… y sé que eso no te ha gustado.

—La verdad es que no —admitió Masters.

—Lo siento.

—No, se preocupe demasiado. Ya le digo que cada cual labra su propio destino. A fin de cuentas, lo que he hecho lo habría hecho de todos modos si me lo hubiese pedido la Kuro Arashi. Las personas que he matado, bien muertas están.

—Lo siento —insistió. Dougall, sombrío, como ausente—. Siento mucho haber provocado ese triste vuelo del águila… De verdad que lo siento. Y ahora, John, si no te importa… quisiera estar solo.

John Masters se puso en pie, y abandonó el, salón de la casa del general Dougall. Segundos después, salía de la casa, en la que solamente se oía el tic-tac del gran reloj.

ESTE ES EL FINAL

—HOLA —sonrió Rita Marsh—. Pasa, pasa.

John Masters entró en el apartamento, mirando a todos lados con escasa curiosidad. Rita cerró la puerta, le tomó de una mano, y lo llevó hacia la salita.

—Lo tengo todo preparado —dijo—. Las flores, los jarros, los platos… Bueno, todo lo que parece ser necesario para un hermoso ikebana.

—Muy bien. Podemos empezar cuando gustes… aunque, tal como te prometí —Masters mostró el paquete alargado que había tenido a la espalda— te he traído un ikebana.

—¡Oh! —dio un gritito delicioso la espía británica—. ¡De verdad lo has hecho! ¡Déjame verlo!

Lo desenvolvió rápidamente, dando grititos. Al verlo, quedó muda, impresionada. Sus ojos permanecieron largo rato fijos en el arreglo floral obsequiado por Masters antes de mirar a éste, que frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Es… tan hermoso y delicado… ¿Cómo puede hacer cosas como ésta un hombre como tú?

Eagle desvió la mirada, como enfurruñado. ¿Por qué siempre la misma manía por parte de todos? A fin de cuentas, valía la pena aprender a hacer ikebanas, porque eso sí podía hacerse todos los días, y gozar de ello…

—¿He dicho algo que te moleste? —murmuró Rita.

—No importa… ¿Cómo estás?

—Oh, muy bien… Tengo las costillas a medio soldar, y el hematoma del pecho va desapareciendo. ¿Quieres verlo?

Se desabrochó la elegante blusa, y la apartó. Los dos hermosos, macizos, blancos senos aparecieron ante los ojos de Masters; éste contempló el hematoma, asintió, y señaló las flores que Rita tenía preparadas.

—Cuando quieras, podemos empezar tu aprendizaje.

—Bueno… Había pensado que primero podríamos cenar… Mañana haremos los ikebana.

—¿Y entre la cena y mañana, qué haremos? —reflexionó John.

—Yo no te he olvidado ni un minuto —susurró Rita.

—Eso no contesta a mí pregunta —masculló John.

—Sí la contesta —susurró de nuevo Rita—, porque decir lo que he dicho es lo mismo que decir que yo haré lo que tú quieras.

Masters la miró al parecer sorprendido.

—¿Todo lo que yo quiera?

—Sí.

—¿Absolutamente todo?

—Sí.

—Puedo ser exigente… y sorprendente.

—Sí.

John Eagle Masters tomó entre sus manos el rostro de Rita Marsh, y lo atrajo hacia el suyo.

—Bueno —deslizó—, no todos los vuelos del águila han de ser tristes…

Y tenía razón.

Minutos más tarde, el águila estaba volando por los más dulces espacios.

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

Impreso en España